

EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1869. — Tomo XXXIII.

EDITORES-PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MELAN.
Administracion general, passage Saulnier, número 4, en Paris.

AÑO 28. — N° 849.

SUMARIO

Un nabab en Paris; grabado. — Las obras de arte. — El emperador Francisco José en Trieste; grabado. — El Canal de

Suez; grabados. — Revista de Paris. — La historia de un pensamiento. — La feria de los jamones en Paris; grabados. — Concurso general de animales; grabado. — Debe y haber. — El falso Profeta. — El jardin de invierno de la princesa

Matilde; grabado. — Las colecciones de antigüedades; grabados. — Manuela. — Concierto de beneficencia dado por la Sociedad de Música sagrada; grabado. — Problemas de ajedrez; grabado.



El nabab Munsoor-Ali-Khan y su comitiva

Un nabab en Paris.

Desde que vinieron los príncipes de Uda, Paris no había visto una familia soberana de la India como la que acaba de hospedarse en el Gran Hotel. Sabido es que el nabab de Bengala no viene á Europa para hacer reclamaciones en Inglaterra; no está desposeído, sino que reina, si eso se llama reinar, por derecho de sucesión, sobre las provincias de Bengala, Behar y Orissa. Desde 1790 se arregló su posición en virtud de un convenio, y la Inglaterra cumple fielmente los compromisos que contrajo entonces.

Syud-Munsoor-Ali, descendiendo de los antiguos príncipes de Bengala que secundaron á Clive, cuando con la victoria de Plassey fundó el imperio británico en el Indostan. En recompensa les dejaron todos sus títulos honoríficos, todas las apariencias de la soberanía; pero les quitaron el gobierno y en cambio les concedieron una pensión de unos cuatro millones de francos. Con esta cantidad los nababs de Bengala llevan una existencia espléndida en su palacio de Morshedabad, que está á cincuenta leguas de Calcuta. Todos los que leen relaciones de viaje saben lo que hacia el gran Mogol en los palacios de Delhi, donde le había encerrado la política inglesa. En toda la península esa política fué siempre la misma: conservó nominal y honoríficamente á los príncipes indígenas; pero quitándoles su poderío.

Se ignora por qué ha venido á Europa Syud-Munsoor-Ali, á cuyo nombre siguen los títulos honoríficos *Duen-tazamul-Mook-dow-Cab-Fureed-Ponjad-Souesd-Khan-Bahadoor-Musrutjung*. Le acompaña su hijo primogénito Ali-Kadi-Hassem, que es al mismo tiempo heredero de todos sus títulos y principados, y también su sétimo hijo, Soliman-Kudwichid.

Como todos los indios de raza mogola, estos personajes profesan la religión musulmana.

Las riquezas del nabab son imponderables. Cuando estos personajes se hicieron los hermosos retratos que reproducimos, llevaban encima por un valor de cinco ó seis millones de francos en piedras preciosas.

G. B.

Las obras de arte.

El señor marqués de Monistrol al tomar asiento en la Academia de San Fernando de Madrid, pronunció un discurso, del que tomamos las siguientes apreciaciones sobre el arte, desde la antigüedad hasta el instante en que vino á realizarse el tipo de la belleza cristiana:

«Enemigo de toda especie de exageraciones, hasta de la que produce una estudiada modestia, debo confesar que no es ahora cuando nace y se desarrolla en mí el gusto por las Bellas Artes, sino que desde la niñez he gozado de su halago, sin conseguir saciar nunca mi espíritu, aunque haya procurado indagar la razón del embeleso y entusiasmo que produce en sus magníficas creaciones. El amor á las obras de arte ha sido en mí ingénuo, irresistible, casi pudiera decir que orgánico: de hoy mas con vuestros ejemplos y consejos espero adquirir sólida doctrina, buen gusto y reflexivo juicio.

Al juzgar de las producciones de las Bellas Artes, ejercicio no solo recreativo, sino moralizador y verdadera higiene del alma, todos, además de las reglas, llevamos el criterio que nos da la naturaleza, haciéndonos admirar lo sencillo, lo enérgico, lo oportuno, lo expresivo, y despreciar lo afectado, lo frío, lo extravagante. Rara vez nos equivocamos en nuestros fallos, y cuantos mas siglos pasan, mas depurado queda lo que merece el nombre de sublime.

Algo semejante acontece con las obras de arte; pero este criterio es mas absoluto y mas certero, generalmente hablando, que el literario. Las obras de arte tienen para ser juzgadas ocasion mas universal: la competencia para estos juicios se encuentra en todos los individuos de la especie humana, con el particular privilegio de no tener que razonar ni fundar sus fallos, y de dictarlos á consecuencia de impresiones, que no resisten generalmente el análisis crítico.

Todavía, cuando el vulgo es llamado á juzgar de las obras de la escultura ó de la pintura, parece que se recoge á recordar ó imaginar cómo ejecuta la naturaleza las mismas escenas ó grupos; y tan pronto como se satisface de que el pintor ó el escultor comprendió el pensamiento, ó copió con exactitud aquel modelo, así pronuncia su censura, ó aprueba y admira.

Pero de qué manera influyen las obras de arquitectura en la imaginación de ese mismo vulgo, es fenómeno por demás curioso, y que se ofrece á cada momento á los ojos del observador. No basta la grandeza, ni la extensión, ni lo precioso de la materia, ni su difícil y paciente ejecución: con todas estas circunstancias, ese vulgo, que al cabo es la inmensa mayoría de la humanidad, suele contemplar un edificio hasta con desden, no dignarse repetir su mirada, y volver indiferente la espalda á toda aquella grandeza y magnificencia.

Por el contrario, presentad, no al vulgo, á la estupidez misma de improviso ante ciertas construcciones, y el efecto puede llegar á ser tal, que pasando los límites del entusiasmo toque en los del enajenamiento.

Poned, repito, de improviso al ser menos poético, menos artístico, menos sensible, ante construcciones como el acueducto de Segovia, ó el interior de la catedral de Sevilla, y la sensación será tan viva que no la experimentaríais, ni análoga siquiera, el profesor, el sabio, el hombre mas consumado en estética y en erudición artística. Permittedme citaros un ejemplo recientemente observado en Sevilla.

Un hombre, en estado casi pudiéramos decir salvaje, trasladado á España con su señor, entró, guiado por este, en aquella grandiosa catedral. Al elevar su mirada á las atrevidas bóvedas, se estremece, flaquea, una sensación, no sé si diga de asombro ó de terror, se apodera de todo su ser, tiene que extender las manos, y buscar apoyo en aquellos mismos majestuosos pilares, para no caer enteramente desvanecido. ¿Qué es esto?... ¿Cómo llamaremos á ese efecto producido por la simple colocación de unas piedras, labradas por la mano del hombre?...

No tiene término en el lenguaje humano: sin embargo, aquella admiración, aquel desvanecimiento, aquel terror ó placer del salvaje, que no podemos definir, es mas significativo que las acordes alabanzas de todos los eruditos.

El acueducto de Segovia ha producido con frecuencia efectos análogos: al aparecer ante los asombrados ojos de personas sencillas, en su verdadero punto de vista, en el enlace de dos opuestas colinas, no sabiendo cómo demostrar de otro modo su asombro, los que le contemplaban cayeron de rodillas, sin acertar á concebir que el hombre, con el solo auxilio de la ciencia, pudiera realizar tal maravilla.

¿Cabe fingimiento ni error en juicios dictados con tal candidez, con tan incorruptible imparcialidad? No, ciertamente; ni apelación tampoco de unos fallos que descubren lo que la humanidad siente al contemplar los prodigios de la arquitectura.

Trivial es todo esto, lo conozco; y no se necesitaban ejemplos para demostrar que hay una magia irresistible en ciertas creaciones, particularmente de la arquitectura y que de ellas juzga atinadamente, aunque sin saberlo, cualquier individuo de la especie, con la misma certeza y uniformidad con que todos apellidamos hermoso el arco-iris, ó á la luna cuando se levanta sobre el horizonte majestuosa en una noche serena, al lado opuesto por donde desapareció lentamente el padre de toda luz, la vida de toda hermosura.

Pero en estos instantes un deber tristísimo y grato á la vez, me recuerda, por ese misterioso encadenamiento de las ideas, que á veces hace que estén mas próximas las que naturalmente debiéramos considerar como remotísimas, que al lado de la belleza de la forma está la belleza moral; y este pensamiento trae á mi memoria el recuerdo de algunos hombres, que pueden considerarse como verdaderos modelos para la humanidad.

Por desgracia, pero por desgracia emanada de la esencia misma de la justicia, aguardamos á que esté cerrado el círculo de esas preciosas existencias para apreciarlas, y es que así no se mezclan en nuestros juicios ni el respeto, ni la parcialidad, ni la condescendiente benevolencia; y es que así juzgamos con acierto de una carrera, de una vida entera, teniendo presente, no solo su curso, si no su término.

Sugiere estas ideas el recuerdo del Excmo. señor don Antonio Remon Zarco del Valle, que tantos vacíos ha dejado en nuestras corporaciones científicas, y muy particularmente en esta, atendiendo á la grande distancia entre su nombre y el del que, por extraña combinación, ha venido á sustituirle en la Academia, y á ser á la vez, aunque su sincero admirador, su poco digno panegirista.

Pocos hombres en nuestros días han alcanzado tanta y tan envidiable celebridad en España y fuera de España: su mérito como militar está reconocido universalmente, y bien pueden acreditarlo sesenta años de continuos é importantes servicios, y comisiones y mandos difíciles, que constituyen su preciosa vida en una de las mas útiles y mejor aprovechadas para la patria.

En medio de una existencia tan agitada, admira cómo pudiera dedicarse tanto y con tal fruto al estudio, y mejor dicho á todo género de estudios. Admira, lo repetimos, la generalidad y la solidez de sus conocimientos, hasta el punto de ser muy difícil encontrar en los tiempos modernos, ni en los antiguos tampoco, ejemplo de una vida tan bien aprovechada. Y el cielo se la concedió larga; y cada día de ella se consideraba Zarco del Valle mas comprometido á no desperdiciar ni un instante... Por manera que al terminar su brillante carrera, pudo decirse que dejaba acabada la tarea de muchos hombres insignes.

Así es que en los distintos mandos que desempeñó, en las diferentes corporaciones que dirigía, era tal el irresistible atractivo de su saber, que no hubo cuerpo ni sociedad científica, ni individuo en ellas, que juzgase mas suave, mas discreta, mas decorosa presidencia que la suya. Su nombre inspiraba por sí mismo respeto, y así le vimos cargado de años, rendido de tantas fatigas, privado de la vista, presentarse cada día mas venerable, adivinar lo que los sentidos no le transmitían, y dirigir con tino y con aplauso, por una especie de infalible hábito, lo que apenas puede decirse que percibía ni presenciaba ya. Cuando así llega á conseguirse y apurarse hasta el último fruto que pueden producir ciertas existencias privilegiadas, y cuando estas se duermen en el Señor, despues de haber difundido tanto bien, no hay derecho á llorar, ni á la manifestación de una inútil pesadumbre. El homenaje que exigen de nosotros, es solo de eterna gratitud, de glorioso recuer-

do. Por eso la real Academia de Nobles Artes de San Fernando, bien puede asegurarse que no cambiaria por ningun otro blason el de haber contado entre sus sabios individuos á Zarco del Valle: tan brillante fué su carrera.

Necesitado estoy de vuestra benevolencia al empezar la mia, sin aspiraciones ambiciosas, y con la sola confianza de que vuestras superiores luces me guien en el difícil estudio del arte.

Pero entre tanto, y puesto que una ineludible necesidad me obliga á hacer hoy, público, aunque modesto alarde de mis fuerzas, me permitireis, señores académicos, que ocupe brevemente vuestra atención, examinando la influencia del cristianismo en la arquitectura de los siglos medios, para concluir que el arte ogival es el arte esencialmente cristiano.

Señores: Aspiración del hombre á la perfectibilidad que perdió por su primera falta, el sentimiento de la belleza le agita sin cesar, y le conmueve, y lo hace emprender diversas sendas, para llegar á la realización de la idea que su mente concibe, y que quiere traducir en sus obras. Harto comprende el espíritu humano, que el mejor tipo de la belleza es Dios; que la creación es su símbolo; que lo creado es su forma; pero al querer, imitando á su autor divino, formar tambien artísticas creaciones, ha tenido siempre que obedecer á las circunstancias que le rodean, revelando la manera de ser de la civilización que representa.

Por eso, y como el hombre es una admirable y misteriosa unión de espíritu y materia, hijo predilecto de la belleza suma, ha deseado siempre expresar el sentimiento de lo bello; y hechura escogida del Criador, ha querido crear tambien para imitar á su Hacedor divino. Desde los mas remotos siglos la humanidad ha procurado representar la belleza, y crearla por medio de las diversas manifestaciones del arte; y como de todas ellas, la mas compleja, la mas sintética, la mas expresiva, es la arquitectura, de aquí el que con razón pueda afirmarse, que la arquitectura es el gran libro de la humanidad.

Ella nos presenta la historia entera y el carácter del pueblo egipcio, con su misteriosa teogonía, con sus diferencias de castas, con su constitución mitad sacerdotal, mitad aristocrática y guerrera; con su gran masa de población consagrada exclusivamente á adorar á sus dioses y á los representantes de sus dioses, en sus templos, precedidos de colosales carneros y de esfinges, simbolizando á sus divinidades y á sus monarcas deificados; como gigantesco árbol genealógico de la historia de sus reyes, puesto á la entrada del edificio consagrado al culto; en sus altos obeliscos narrando la historia de la edificación; en sus *cellas* misteriosas, abiertas únicamente á la superior inteligencia de la raza sacerdotal; en sus paredes cubiertas de pinturas simbólicas, en que al lado de los dioses están los reyes triunfadores, junto á la ceremonia, las costumbres populares; y como asunto constantemente repetido, los individuos todos de aquella sociedad tan poderosamente constituida, conduciendo sobre sus espaldas los productos del trabajo, al templo ó al palacio, á sus reyes ó á sus sacerdotes.

Pueblo abismado en la contemplación de lo infinito, que en vano pretende traducir en sus obras por mas que se obstina en ello, se nos presenta tambien el indio, levantando piso por piso su gigantesca pagoda, que á pesar de su altura, propende siempre, con sus líneas rectas y horizontales, oprimir á la tierra sin conseguir elevarse al cielo.

Guerrero siempre, sacerdotal sin embargo, pero adorando á un Dios, que no concibe ni puede encerrarse en obra humana, ordena el celta sus recintos sagrados, en las cimas de las montañas.

Creyendo encontrar la realización de la belleza en el estudio de las formas, el pueblo griego busca al Creador en lo creado, al artífice en su obra, y queriendo adorar á Dios adora al hombre. La forma constituye la esencia de su belleza; para realizarla, la estudia, la analiza, la descompone, la vuelve á combinar; su imaginación ardiente y meridional lo simboliza todo, pero su inspiración puramente humana, por mas que embellece la naturaleza, nunca consigue hacer otra cosa en sus templos, que la traducción en mármoles de las primitivas cabañas de sus florestas.

Conquistador por sus ejércitos, conquistado á su vez por la mayor cultura de los pueblos á quienes vence, Roma, sin arte propio, funde y mezcla los elementos griegos con los etruscos, combina un arte grandioso por sus proporciones, pero pequeño siempre por su idea.

En todos los tiempos la arquitectura ha sido la traducción plástica del pensamiento humano; siempre sus líneas han escrito sobre la superficie de la tierra la historia de los pueblos. Por eso, desde que el cristianismo aparece levantado, como eterna y divina materia de los siglos de fe, la cruz en la cima del Calvario, el arte, la arquitectura que sintetiza todas sus manifestaciones, toma un carácter esencialmente distinto del antiguo; y por mas que alguna vez refleje el recuerdo de la civilización pagana, siempre se ve en sus obras la tendencia al idealismo, el olvido de la forma para seguir la idea, la creencia, la pureza del dogma; que si el cristianismo en los primeros siglos tomó de las artes paganas los órdenes arquitectónicos, las formas generales, la parte material, en suma, en la parte moral, en la idea generadora de sus obras de arte buscó únicamente sus inspiraciones en la fe.

Las catacumbas de Roma son los monumentos primitivos del cristianismo: formáronse desde los tiempos mas remotos por la continua extracción de la toba y la puz-

zolana; los edictos de los emperadores obligaron á los primeros neófitos al trabajo de las canteras, llamadas *catacumba* ó *crypta*; y el lugar del trabajo convirtiéndose bien pronto en asilo de la oración: en ellas refugiáronse los cristianos para ponerse al abrigo de las persecuciones: allí celebraban sus agapas, (1) recibían el agua santa y rendían culto al verdadero Dios. Las cryptas de San Sebastian en la via Appia, las catacumbas de San Marcelo y San Saturnino, cerca de la puerta Salaria, nos muestran todavía el templo y el sepulcro de los primeros cristianos, semejantes á las basílicas en sus disposiciones generales, con gradas muchas veces al rededor donde se sentaban los fieles, con sitial en un ángulo para los pontífices, y en el fondo el sarcófago cuadrangular de un mártir, origen verdadero de nuestros altares. En aquellas iglesias subterráneas que señalan la época primitiva del arte cristiano, tuvo este origen y fundamento; y cuando mas tarde pudieron edificarse iglesias, estas se hicieron encima de aquellos venerados subterráneos, que con el nombre de *Confesiones*, dieron forma y origen á los primeros templos cristianos, apenas edificados cuando destruidos en los transitorios intervalos de insegura tranquilidad que gozaba la iglesia.

Los primitivos cristianos no habían tenido, sin embargo, edificios especialmente destinados al culto: los apóstoles los reunían en un aposento para celebrar la cena, en conmemoración del acto sacramental instituido por Jesucristo: en sus peregrinaciones evangélicas predicaban la religión del Crucificado en las sinagogas, en las basílicas, (2) en las casas, de suerte que, aunque en el siglo III, Minucio Félix exclamaba: *delubra et aras non habemus*.

Humildes oratorios fueron los primeros construidos para venerar la memoria de los mártires: en su sagrado recinto descansan sus preciosos restos, en el mismo sitio donde fueron atormentados y donde entregaron su alma á Dios.

Hasta el reinado de Alejandro Severo los cristianos no tuvieron iglesias donde congregarse: este príncipe, por un acto de tolerancia singular, les cedió al fin á Santa María in Trastevere, edificio cuyo primitivo destino cuidaron poco de simular. Desde el cenáculo, donde Jesucristo celebró la Pascua con sus discípulos, excepto las misteriosas excavaciones de las catacumbas, no hallamos vestigio alguno de aposentos destinados al culto del verdadero Dios: es indudable que no existieron; y así se concibe, que en los últimos años del siglo II, exclamase Minucio Félix con un celo verdaderamente evangélico: «¡Qué templos edificaremos á Aquel, á quien los cielos no pueden contener! Vale mas levantarle un templo en nuestras almas, y prepararle un altar en nuestros corazones.» (3)

Dos siglos despues de la venida del Mesías sus adoradores poblaban casi todo el imperio romano: Trajano miró receloso los progresos del nuevo culto, y temió la realización de un Estado dentro de su mismo Estado. Las persecuciones lejos de intimidar á los discípulos de Jesucristo, excitaban su fe y su entusiasmo; Plinio el Joven reconoció pronto que su destrucción era imposible.

Mas tarde, y durante las treguas que las persecuciones daban á los cristianos, pudieron paulatinamente reunirse en los lugares públicos y en las basílicas existentes, edificios civiles destinados á la administración de justicia y á la contratación; hasta que, concedidas definitivamente por Constantino paz y libertad á la victoriosa congregación cristiana, trataron de abrir templos para el culto público; y entonces, fijo el pensamiento de aquellos fieles en la adoración, en la manifestación externa de sus sentimientos religiosos, cuidáronse poco de las formas, abstraídos únicamente en la idea.

De aquí que, utilizando edificios paganos, no se detuvieran aquellos primeros cristianos en buscar en el templo la traducción del pensamiento creyente: la necesidad del culto público, la de que los fieles concurren á las sagradas ceremonias, era perentoria, apremiante; y de aquí, que sin parar mientes en lo desarmónico del conjunto, se agrupasen en un mismo edificio miembros de distintos órdenes, tamaños, formas y proporciones, como se ve todavía, entre otras, en las antiguas iglesias de San Pablo, San Esteban y San Lorenzo de Roma; de aquí que las columnas, ofreciendo casi siempre diversas alturas, no pudieran servir para sostener el cornisamento rectilíneo, y tuvieran que bajar los arcos á buscar en los capiteles el punto de apoyo para su sostenimiento; de aquí que estos mismos arcos, perdiendo la antigua severidad de los edificios del imperio, tan pronto fuesen de medio círculo como escarzanos; de aquí los muros desnudos de ornatos, las sencillas techumbres de madera siguiendo las vertientes de los tejados, y los lisos cascarones y semicúpulas para cerrar los ábsides; el ligero y tosco diseño de los escasos adornos empleados en aquellas fábricas; y de aquí, en una palabra, la falta de armonía que caracteriza los templos de los primeros siglos de la libertad de la Iglesia, cuya manera especial de ser se conoce con el nombre de *estilo latino*, porque en el imperio de Occidente fué donde tuvo su aplicación inmediata en multitud de monumentos.

El arte en esta época simbolizaba admirablemente el gran acontecimiento de la Iglesia. Sobre las ruinas del mundo pagano se elevaba triunfante el cristia-

nismo; con las ruinas de aquella civilización caduca debía formarse el nuevo edificio de la civilización regeneradora.

Y no era solo en el imperio de Occidente donde el arte seguía esta marcha: en la capital del imperio de Oriente, en la antigua Bizancio, arrasada por Septimio Severo, y reedificada por Constantino, que le dió su nombre y su trono, los discípulos del Salvador, en mucho mayor número que los paganos, levantaron por donde quiera iglesias cristianas, aprovechando los materiales, aunque no las formas de las construcciones antiguas.

Reconstruida casi del todo la risueña ciudad del Bósforo, por la enérgica voluntad del primer emperador cristiano, los antiguos monumentos del paganismo eran escasos en número; y mas poderosos los hijos de la fe en aquellos países, mas en contacto con otras civilizaciones que les habían dado sus artistas, como sucedió á la Persia, de donde provenía el arquitecto querido de Constantino llamado Metródor, los fieles pudieron hallar fácilmente un nuevo estilo, que les apartase de los recuerdos paganos, aun cuando para ello tuviesen que destrozar y dar nuevas formas á los restos de las antiguas edificaciones.

De aquí, que las iglesias mas ostentosas, mas ricas, se cubran con bóvedas ó con cúpulas, cargando estas sobre muros ó arcos; de aquí, que las columnas se adornen con sus fustes con formas geométricas, y los capiteles, separándose por completo de las toscas imitaciones de los órdenes clásicos, afecten la forma de una pirámide truncada inversa, con característicos adornos de líneas rectas y curvas, y cuando alguna vez se copien los corintios, se haga desnaturalizándolos por completo; de aquí que los arcos semicirculares de Roma afecten varias formas, y sean peraltados ó de heradura, apuntados rectilíneos, ó copiales; de aquí las ventanas gemelas ó ajimeces, y los varios adornos de ataurique, impages, arciones, figuras geométricas, escamas y sembrados de flores; caracteres todos que están revelando el origen persa del estilo bizantino, y que aceptaron los cristianos de Oriente, porque hallando un arte nuevo al poblar de iglesias el imperio, lo grababan apartarse de todos los recuerdos paganos, que miraban con horror.

El sentimiento de ambos estilos es el mismo, aunque expresado en diferente forma. En el Occidente se funden las ruinas del arte romano para levantar los templos del cristianismo; en Oriente se hace mas, se borra el recuerdo de las antiguas fábricas, y se forma un nuevo estilo para edificar los templos de la verdadera religión.

El arte cristiano, sin embargo, no se ha formado todavía, concentrado en el misticismo, en la creencia contemplativa, el cristiano aun no es creyente y arquitecto á la vez; todavía el templo no es la verdadera página de piedra, donde se traduce, se refleja, se estereotipa el sentimiento del artista. La idea contemplativa no ha descendido á la forma, para volver á subir por ella orando á Dios.

El cristiano de aquellos siglos necesitaba templos: los tuvo. Por entonces no pedía mas el arte, que alejamiento del paganismo, recintos sagrados donde alzar sus preces, y altares para celebrar el inmenso sacrificio.

Pero como no podía menos de suceder, ambos estilos tenían que fundirse en uno solo, y dando vida á otro nuevo, busca el ideal de la belleza artística en las formas de sus edificaciones. La Iglesia ya era completamente dominadora. Pasados los primeros momentos en que el odio á lo antiguo, y la necesidad del culto eran los poderosos móviles del arte, este había de buscar en la forma la simbolización de la idea. Y habiendo dado origen á un nuevo y fecundo ornato, esencialmente cristiano, las teorías de los iconoclastas, que al quitar las imágenes, y prohibir toda representación de figuras humanas, hizo que la escultura se refugiase en los capitales, en las portadas, hasta en las fajas y en los canchillos de las cornisas, el arte propendió al engrandecimiento; y lanzándose en el camino de lo desconocido, parece como que presintió el momento solemne, en que, rompiendo con todas las viejas tradiciones, se elevase nuevo, poderoso, enérgico, y lanzase al espacio su creación admirable, como el simbolo que el arte escribía sobre la superficie de la tierra, como el permanente testimonio de su creencia, legado á las generaciones venideras.

La marcha del progreso humano era al mismo tiempo maravillosa. Una efervescencia interior, semejante á los sordos movimientos que pueblan de vapores los cráteres de los volcanes, notábase en toda Europa, y al correr en su marcha precisa y rápida, pero provechosa y trascendental, los siglos oncenno y duodécimo. La inteligencia humana, tras negra noche de oscurantismo, empezaba á lanzar vívidos destellos. Las ciencias comenzaban á querer extenderse, con vuelo vivificador, sobre las nuevas sociedades, desde el cariñoso retiro donde la religión las dió su poderoso amparo. La poesía, tomando nuevo carácter, empezaba á expresar en armonías los místicos sentimientos de los fieles, ó el entusiasta anhelo de la multitud, sedienta de victorias. Hasta la música, libertándose de la antigua notación, hallaba nuevos espacios en que poder modular su melódico idioma. El momento solemne del arte se acercaba.

Los edificios destinados al culto aumentan en proporciones. Absides semicirculares cierran sus naves: fajas resaltadas, cruzando de una á otra columna por la curva bóveda, la dividen en compartimientos; basas caprichosas sostienen los fustes de formas variadas, que

reciben también el capitel, vario en sus adornos, donde la escultura se encarga de reproducir con frecuencia escenas del Antiguo y Nuevo Testamento, episodios de vidas de los santos y de sus milagros; los arcos afectan todas las formas del estilo bizantino, y á veces, como mera ornamentación, se enlazan sobrepuestos en los muros; la ventana gemela y el ajimez oriental, adornados con prolijas labores, alternan con otras de estrechos huecos á manera de aspilleras, ó con vanos redondos, cerrados con sencillos rosetones. El estilo *románico*, aunque siguiendo las tradiciones del latino y del bizantino, dejaba adivinar el gran instante de inspiración creadora, en que el artista realizase el tipo ideal de la belleza cristiana.

Lenta elaboración de cerca de diez siglos había formado el germen: una vez roto el primer brote, menos de medio siglo bastará para que se extienda el árbol gigante por toda Europa.»

El emperador Francisco José en Trieste.

El emperador Francisco José ha recibido en Trieste al general Della-Rocca, encargado de felicitarle en nombre del rey Victor Manuel, y esta recepción ha sido de las mas corteses. Por la tarde el emperador reunió en su mesa á los ministros, al gobernador general Møring, al general Della-Rocca, al podestá y á los notables de la ciudad. En uno de nuestros grabados representamos la llegada del emperador á Trieste que, por lo que hemos dicho, marca una fecha importante en la historia contemporánea.

A su salida de Trieste el emperador se apresuró á encargar al gobernador general Møring, que en su nombre, fuese á Florencia á cumplimentar al rey Victor Manuel. Este cambio de felicitaciones ha confirmado los rumores de un buen acuerdo, si no de una alianza entre el Austria y la Italia. A. M.

El Canal de Suez.

Un gran suceso ha marcado en la historia del canal de Suez una de sus fechas mas importantes. El Mediterráneo acaba de entrar en los lagos Amargos. Esta operación, que se consideraba como quimérica, es hoy un hecho consumado, y los que decían que M. de Lesseps intentaba una cosa imposible, deben darse por vencidos y deplorar sus injustos ataques. Las noticias que vamos á consignar aquí nos permiten considerar la abertura del canal como segura en la época prefijada. Dentro de dos meses el Africa será una isla, y dentro de seis los buques de mayor porte saldrán de Marsella para el Mediterráneo, pasarán por el canal, el Mar Rojo, y llegarán á los puertos de la India y de la China.

A medida que el trabajo adelanta, los diferentes medios empleados para abrir el canal desaparecen, y muy luego la draga concluirá sola lo que la mano del hombre ha principiado. Allí donde los fellahs arrancaban tierra, aparece la draga, que se lleva 16,000 metros cúbicos diarios.

El virey Ismail I ha querido asistir á esta operación tan considerable y decisiva. La ceremonia era ya imponente; pero la visita del soberano daba á los trabajos de la Compañía una solemne consagración, y por esto debemos apuntar aquí los episodios mas interesantes del viaje. El virey ha podido juzgar por sí mismo hasta dónde llega el poder de la Compañía, así como la importancia de los talleres del istmo y el orden que preside á la ejecución de tan gigantesca empresa. La enérgica voluntad de un solo hombre ha producido en esas regiones una verdadera metamorfosis. El desierto se ha animado. Allí por donde antes no pasaban mas que algunas caravanas, hoy 10,000 hombres viven y trabajan y tienen sus habitaciones. La existencia, antes imposible, es hoy fácil, gracias al agua dulce que abunda por todas partes. El virey se ha sorprendido con una transformación tan completa, pues, con efecto, ha visto una nueva provincia, que llegará á ser lo que fué en otro tiempo, una de las mas ricas de Egipto.

Lleguemos á la relación del viaje. El 10 de marzo se supo en el istmo la llegada de Ismail-bajá, y el efecto que produjo es indescriptible: todos se prepararon para la recepción; se elevaron arcos de triunfo en todas partes, y en tres dias los preparativos estaban terminados.

El tren de S. A. llegó á Ismailia el domingo por la tarde, y M. de Lesseps, á la cabeza de todos los empleados de la Compañía, recibió á Ismail I en medio de los vítores y las aclamaciones.

Ismail I tomó asiento en un coche, y convidó á M. de Lesseps y á M. Ruyssenaers, administrador, á que se sentaran á su lado.

Despues de haber recorrido los principales barrios de la ciudad, el príncipe se dirigió á la casa del presidente, donde descansó algunos instantes, y luego el cortejo se puso otra vez en marcha para el lago Timsah, que atravesó en una barca, y llegó á su *chalet*, situado á la embocadura del canal marítimo.

Habiase preparado un gran banquete, despues del cual se dispararon fuegos artificiales.

(1) Festines sagrados: *agapæ*.

(2) Actas de los apóstoles, XX.

(3) San Cipriano, nº 1,666.



AUSTRIA. — Llegada de S. M. el emperador Francisco José á Trieste.

El 16 por la mañana Ismail I salía para Puerto-Said, acompañado de M. de Lesseps, de todas las señoras y los empleados de Ismailia, que había convidado para un gran baile que se organizaba á bordo de su yacht. A las cinco la embarcacion de S. A. entró en la gran

dársena de Puerto-Said, donde había aquel dia sesenta buques empavesados.

Ismail I saltó á tierra para visitar la aldea árabe, y luego volvió á bordo de su yacht, donde hubo por la noche un gran baile.

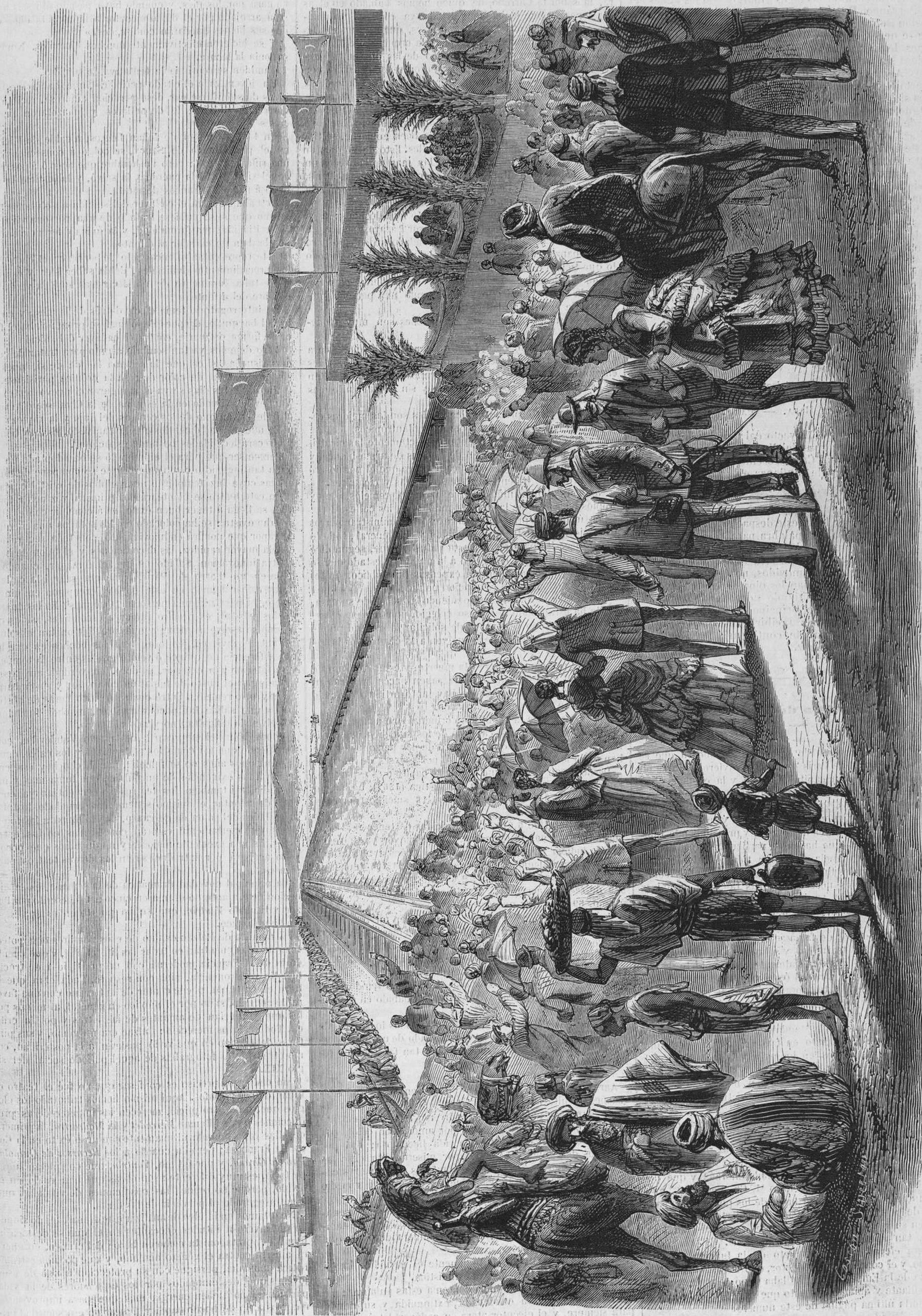
El 18, á las siete de la mañana, M. de Lesseps fué á buscar al virey, y juntos se embarcaron y atravesaron el lago Timsah, para entrar en el canal que se dirige hácia Suez. Al cabo de una hora de viaje, Ismail I desembarcó á la entrada de los lagos Amargos.



P. Blanchard

collon Sartan

El virey de Egipto visitando las obras del canal de Suez.



El canal de Suez. — Entrada de las aguas del Mediterráneo en los lagos Amargos.

Ya hemos dicho que iba á comenzar una de las principales operaciones de la obra del istmo, cual era la de llenar la cuenca de los lagos Amargos con las aguas del Mediterráneo. Estos lagos tienen 40 kilómetros de extensión sobre 10 de anchura, y la cantidad de agua que se necesitaba para llenarlos no bajaba de 4,900 millones de metros cúbicos. Para que esta operación se hiciera sin peligro, en el tránsito, antes de llegar á los lagos Amargos, el canal está atajado, y al lado han abierto otro canal con un desagüe. El agua penetrará pues sin inconveniente. La anchura del desagüe es de 150 metros; el Mediterráneo suministrará 4,600 millones de metros de agua, y el resto, 300 millones, lo dará el Mar Rojo.

Este desagüe es una obra considerable: tiene la anchura del Sena en París y deja pasar luego una cantidad de agua correspondiente á esa anchura, bajo una presión de 2 metros de alto. Diríase que la naturaleza se ha prestado á secundar en esta obra los esfuerzos del hombre, pues los lagos Amargos están 9 metros más bajos que el nivel del mar, y á esa inmensa superficie vendrán á morir las mareas del Mar Rojo.

Una inmensa multitud asistía al espectáculo. El virey, que se hallaba en un kiosco destinado á recibirle, dió la señal: al punto las aguas del Mediterráneo se precipitaron tumultuosamente en los lagos Amargos, y una aclamación entusiasta saludó aquella entrada triunfal. El príncipe pasó luego al Serapeum, donde le esperaba el tren real.

Cuando M. de Lesseps fué á darle las gracias por la visita, Ismail I le presentó un papel cuyo contenido era el siguiente:

Despacho telegráfico.

NUBAR BABA. — PARÍS.

« Acabo de visitar el trayecto del Canal y de asistir á la entrada de las aguas del Mediterráneo en los lagos Amargos. Regreso al Cairo poseído de admiración por esta grande obra y de confianza en su pronto y buen término.

» ISMAIL I. »

Después de haber leído este despacho, M. de Lesseps, conmovido, buscaba una palabra para responder, pero S. A. no le dió tiempo; abrió sus brazos y estrechó en ellos con efusión al autor de esta obra colosal. Todos los presentes estaban conmovidos, no menos que S. A. y M. de Lesseps, que tenían los ojos llenos de lágrimas.

Ismail I se despidió sintiendo no poder ir á Chalouf y á Suez. La llegada del príncipe de Gales al Cairo le obligaba á volverse para recibirle; pero sin embargo aseguró que próximamente continuaría su excursión para visitar Chalouf y Suez. A. A. R.

Revista de París.

En medio del torbellino de placeres mundanos á que se entrega la sociedad de París durante el invierno, no se olvida que en esta gran capital del lujo y la elegancia hay desgracias y miserias que imperiosamente reclaman el auxilio de los poderosos. Prescindiendo de la contribución directa que todos se imponen en la alcaldía y en la parroquia para socorrer á los pobres del barrio, y prescindiendo también de las limosnas que hacen en particular todas las personas pudientes, se apela al mismo tiempo á los medios indirectos con iguales fines, y no suelen ser estos los menos productivos para los necesitados. ¡Es tan fácil organizar una fiesta filantrópica! Aquí un predicador famoso, el P. Jacinto ó el P. Félix, contribuye á la obra con una de esas conferencias que ejercen siempre en París un atractivo irresistible; allí artistas de fama se ofrecen á dar conciertos ó representaciones teatrales, y sobre todo esto, se hallan las sociedades fundadas especialmente con un objeto de beneficencia de carácter general ó privado, que no escasean las sesiones durante la temporada. Pero hay más aun: la caridad parisiense tiene siempre su óbolo hasta para las desgracias de los países extraños. No hace muchos días resonaban en la iglesia de la Magdalena los penetrados acentos del elocuente P. Jacinto en favor de las víctimas que han hecho los terremotos en los países de la América del Sur, y la numerosa concurrencia que asistía á esta predicación filantrópica se apresuraba con noble emulación á entregar su ofrenda en beneficio de las víctimas de tamaña catástrofe.

El sábado último una de estas fiestas de beneficencia había reunido también en el Circo de la Emperatriz á un crecido número de parisienses, con tanta más razón cuanto se trataba de una solemnidad musical llena de atractivos. La sociedad de música sagrada fundada en 1862 y que dirige con tanta inteligencia y acierto M. Ch. Vervoitte, había anunciado un concierto á favor de los pobres de la parroquia de la Anunciación de Passy, concierto que se componía en su mayor parte de piezas del repertorio religioso clásico, tan abundante en obras maestras. El precio del billete era elevado; pero el objeto de la función era tan meritorio, y el concierto tan seductor, que el vasto anfiteatro del Circo de la Emperatriz se hallaba lleno de gente y ofrecía el brillante y animado aspecto que se refleja en nuestro dibujo de la última página de este número.

Todo en la ejecución contribuía al esplendor de la fiesta. La Nilson y Faure, los artistas predilectos de la Grande Opera, la señorita Carreño, de quien hemos hablado en otras ocasiones, y que se ha conquistado ya en París un nombre célebre; por último, los profesores, que así pueden llamarse los miembros que componen la orquesta de M. Vervoitte, rivalizaron en el desempeño de las diferentes partes que abrazaba el programa y fueron recompensados con aplausos repetidos. En suma, el resultado pecuniario de la función alcanzó á la suma de 25,000 francos, que constituye ya un socorro de importancia.

Todo esto y mucho más necesitan los pobres, sobre todo cuando por una excelente medida de buen gobierno, se tiene prohibida la mendicidad en las calles. Esto de pordiosear pública y libremente, constituye las más de las veces un oficio que debe limitarse mucho, como se hace en París, si no se quiere que lleguemos á tener aquí una enseñanza del arte de mendigar, como hay en Londres.

No se tome por una paradoja esto que decimos: á la vista tenemos un prospecto del profesor Lázaro Roonay, en el que anuncia al público que ha fundado un colegio para la enseñanza teórica y práctica de la mendicidad « en todo lo que tiene de legítimo. »

Con seis lecciones nada más hay lo suficiente para ganarse la vida, suponiendo en el alumno una persona honrada y de una capacidad ordinaria.

El profesor añade que sus condiciones son muy moderadas.

A mayor abundamiento, Lázaro Roonay recibe en su casa alumnos internos de menor edad, por un tanto fijo, y les enseña á tomar toda especie de formas « sin que resulten de esto graves averías corporales, » y sin alterar en lo más mínimo su salud.

Mediante cierto precio, indica cuáles son las mejores calles en los barrios que pasan por más filantrópicos.

El profesor Roonay sabe imitar perfectamente las cicatrices procedentes de balazos ó de heridas de arma blanca, y tiene un buen surtido de certificados para que el pordioso pueda probar la autenticidad de sus llagas y cicatrices.

También alquila niños « que parecen gemelos, » muy propios para excitar la caridad pública en las calles.

Por último, el profesor se encarga de suministrar perros á los ciegos, muletas á los tullidos y en general, todo lo que se necesita para ejercer esta industria que, según dice el prospecto, « da al hombre ó á la mujer un estado que le permite vivir holgadamente á expensas del público, sin tener que temer ninguna revolución política. »

Y concluye naturalmente, poniéndolas señas de su casa, donde ha establecido el famoso colegio, único en su clase.

¡Triste oficio en verdad, el de solicitar la caridad pública, por mucho que pondere sus ventajas el profesor británico!

Muchas personas prefieren la muerte, y estas son las que buscan con más empeño los que saben hacer limosnas en estas grandes ciudades, donde hay tanto artificio y donde la gente tan difícilmente se conoce.

En el cuadro de la estadística criminal que acaba de publicarse, hallamos en el capítulo de los suicidios una terrible cifra que nos indica el número de las personas que se han dado la muerte por miseria ó por reveses de fortuna.

Desde luego diremos que todo este capítulo es espantoso. En el año á que se refiere la estadística (1867), ha habido en Francia 5,014 suicidios, esto es, 13 suicidios por cada cien mil habitantes.

En este total de 5,014, 4,008 suicidas pertenecen al sexo masculino y 1,006 al femenino. En la mayor parte se ha podido indicar la edad, y de esta averiguación resulta que 208 no habían llegado aun á la mayoría, 1,304 tenían de veinte y un á cuarenta años; 2,007 de cuarenta á sesenta, 919 de sesenta á setenta, 445 de setenta á ochenta, y por último, 89 eran más que octogenarios.

Todos los detalles sobre este punto tienen interés.

La estadística añade que entre los suicidas había 1,693 solteros, 2,373 individuos casados, de ellos 751 sin hijos, y 881 viudos, entre los cuales tampoco tenían hijos 313. El estado civil de los 64 restantes es desconocido.

Más de la mitad de los suicidios, 2,817, han tenido lugar en las poblaciones rurales, mientras ha habido en las ciudades 2,134.

La información á que dieron margen todos los casos de suicidio ocurridos en 1867, ha determinado de un modo bastante exacto los motivos verosímiles de tan fatal acción relativamente á 4,715 individuos.

Veamos estos motivos.

Agrupando las causas que se suponen en seis grandes divisiones, resulta lo siguiente: 1,591 veces fué por enfermedades cerebrales; 998 por pesares diversos, y principalmente por padecimientos físicos; 927 por amor, por celos, por embriaguez y por efecto de una vida licenciosa; 604 por disgustos de familia; 554 veces por miseria, por descambros de fortuna, y finalmente, 41 autores de crímenes capitales, se libraron de la pena que les esperaba por medio del suicidio.

En otros tiempos los suicidas no se libraban de la penalidad, y si no podían castigar al cuerpo, al menos le estampaban una marca de infamia y de ignominia igual á la que recibía el del malhechor.

Así lo recuerda muy oportunamente el periódico la *Liberté*, al hablar de tan aflicta estadística.

Ordinariamente la sentencia contenía estas palabras:

« Su memoria será condenada, extinguida y suprimida para siempre, y el ejecutor atará su cadáver detrás de una

carreta y le arrastrará cabeza abajo por las calles para llevarle al lugar donde se pone el patíbulo, del cual se le colgará por los pies, y cuando haya pasado allí seis horas, será arrojado por el dicho ejecutor á la alcantarilla; y todos sus bienes quedarán confiscados. »

Y se hicieron efectivamente muchos ejemplos. Nunca se suponía la locura.

También se reprimía la tentativa de suicidio.

Un joven, dice el citado periódico, que había mostrado ideas de suicidarse por desesperación amorosa, recibió una corrección pública; le desnudaron y le azotaron por las calles.

En 1429, la mujer de Jehan Legros, alcalde de Mieschef en el prebostazgo de Saucy, se colgó á consecuencia de una riña conyugal; pero un hombre que acertó á pasar por aquel sitio, cortó la cuerda y la salvó, y la justicia la condenó á pagar 15 francos de multa.

Actuaban contra el cadáver del suicida absolutamente lo mismo que si se hubiese tratado de una persona viva; no se omitía ninguna formalidad, y la única diferencia era que nombraban un curador al difunto.

Este representante, encargado de sostener el choque de los procedimientos judiciales, debía saber leer y escribir, y prestaba juramento de no decir más que la verdad en nombre del difunto.

Su interrogatorio tenía efecto detrás de la mesa y no sobre el banquillo, después de lo cual se pronunciaba el fallo en la forma ordinaria, contra el cadáver del suicida.

Pero dejemos ya tan sombrío asunto para tratar de cosas más risueñas, si es que la semana las da de sí, pues no siempre aparece de color de rosa la crónica parisiense.

Uno de estos días se va á inaugurar el nuevo teatro del Vaudeville, situado en la esquina de la Chaussée d'Antin y el bulevar, en uno de los centros del lujo y la riqueza.

La nueva sala, dicen los que la han visto, es muy bonita, y ofrecerá localidades bastante espaciales.

Parece ser que para el alumbrado se ha adoptado un sistema tan ingenioso como nuevo, que se compone de nueve arañas cuya luz templarán unos globos de cristal cuajado.

En este teatro se planteará por primera vez una reforma que, se llega á tener buen éxito, va á concluir con el oficio de tramoyista: se ha colocado en los sótanos una máquina de vapor que pondrá en movimiento, con toda seguridad y con la mayor rapidez, las decoraciones y el telón de boca.

Otra innovación. Sabido es que el fumador, cuando se halla en un teatro de París, tiene que salir á la calle si quiere echar humo; en esto no hay excepción en ningún teatro, ni para ninguna persona. ¿Qué más? En los cuartos de los artistas, es preciso fumar á escondidas, si es que alguno se atreve á infringir una prohibición tan absoluta. Durante el invierno, en esas terribles noches en que hay una diferencia de quince ó veinte grados entre la temperatura interior y la exterior, es duro, en verdad, arrojarle á la calle por el gusto de fumar un cigarrillo; y sin embargo no hay otro remedio. Entre cuatro ó cinco horas de abstinencia y una salida tan poco agradable, muchos fumadores resuelven la dificultad no yendo al teatro.

Ahora bien, el empresario del nuevo Vaudeville, comprendiendo que así como los restaurants y los cafés, donde hace algunos años no se fumaba, han hecho hoy esa concesión á las exigencias de un público que fuma más y más cada día, así también los teatros se encuentran ya en el caso de adoptar el mismo sistema, ha mandado instalar, á los lados del salón de descanso, dos salas para los fumadores, que ciertamente estarán concurridas en los entretantos. Es una excelente mejora, y no dudamos que poco á poco acabará por introducirse en los demás teatros parisienses.

La principal novedad dramática de la semana, es la ejecución de un antiguo drama en cinco actos, escrito por Balzac y titulado *Vautrin*, que se ha puesto en escena en el Ambigu Cómico.

El nombre de Balzac es uno de esos nombres omnipotentes que se encuentran en todas las literaturas, y que cuenta en la de la Francia moderna con un prestigio indestructible. No se pronuncia, sino con respeto. Cada obra que le lleva en su título, puede contar de antemano con una favorable acogida, si no por el público en general, al menos por los que se precian de amantes de las letras y por la crítica. Todo esto es merecido: Balzac era un genio, y sus pinturas del tiempo en que vivió pasarán á la posteridad, como otras tantas fotografías de aquel período social del siglo XIX.

Sin embargo, preciso es confesar que no fué el teatro el lugar de sus triunfos. Aquí mismo hemos tributado los elogios que, á nuestro juicio, merecen las imperecederas producciones que se llaman *Mercadet* y la *Madrastra*, la primera de ellas representada últimamente con gran éxito en la Comedia Francesa; pero en cuanto á los *Recursos de Quinola*, *Pamela Giraud*, y por último, *Vautrin*, que completan su repertorio, es muy diferente: son obras que han caído en el olvido, porque no reúnen las condiciones de vitalidad que tiene asegurado el porvenir de las otras.

No estamos en la idea de analizar este drama, tejido singular de inverosimilitudes chocantes en el que se destaca la figura del protagonista como un héroe del crimen, en guerra abierta contra el género humano, y que por una estrañísima anomalía, persigue con su protección á uno de esos jóvenes que, deslumbrados por los esplendores de la vida parisiense, no tienen energía más que para improvisarse recursos á fin de hacer papel y figurar en esa sociedad brillante que tanto les seduce.

Vautrin, el presidiario que ha roto el grillete, roba para omentar los vicios de su protegido; y la única recompensa que espera de esta acción incomprensible, es que en la degradación en que ha caído, haya un hombre en el mundo que le tienda una mano amiga.

Frederick Lemaitre, el gran Frederick, como dice la voz del pueblo, representa este papel monstruoso con todo el vigor y todos los arranques que puede encontrar en su decadencia artística. Muchos años hace ya que este actor eminente, dotado de condiciones especialísimas para la interpretación del drama de la grande escuela de Shakespeare, ha perdido el brillo de aquel talento que le dió en París la inmensa y merecida fama de que disfrutó. Hoy es una sombra, una ruina.

Apresurémonos á correr un velo sobre este espectáculo doblemente triste para la literatura y para el arte, y paseemos á los Italianos, donde nos espera un cuadro más risueño.

La Adelina Patti se ha presentado de nuevo el martes último en uno de los papeles más brillantes de su repertorio, en la *Traviata*, papel bien elegido por cierto, pues además de que en él se luce el talento, se pueden también lucir las pedrerías. Por mucho entraba la curiosidad de esta exhibición en la concurrencia que asistía el martes al teatro. Se ha hablado tanto y tanto de los regalos ostentosos que la privilegiada prima donna ha tenido en San Petersburgo, que había cierto interés en descubrir si las relaciones de los periódicos no adolecían de exageración, si no eran cuentos fantásticos las cosas que se han dicho sobre este punto.

No lo han sido en verdad, y los parisienses han podido contemplar con asombro la esplendidez de los entusiastas de San Petersburgo. La Patti rebosaba de júbilo, y todo el primer acto fué una ovación á la privilegiada artista, que no tiene más que presentarse para hacer desaparecer hasta el recuerdo de las que imprudentemente se llaman sus rivales. Los aplausos se repitieron en el final, en el que la Patti estuvo doblemente feliz como cantante y como actriz, y aunque no con la persistencia de los rusos, los parisienses la llamaron repetidas veces á la escena para tributarla el homenaje de una admiración merecida. Nicolini compartió con ella los aplausos.

MARIANO URRABIETA.

La historia de un pensamiento.

LEYENDA.

(Conclusion.)

En los brazos de su madre
Busca alivio, y no lo alcanza,
Porque el sol de su esperanza
Se vela en negro capuz:
Murió la hermosa María,
El ángel de sus amores;
Se marchitaron las flores
De su alegre juventud.

¡Llora, amante desgraciado,
De tu afán el rigor fuerte;
Duerme el sueño de la muerte
Tu dulce bien virginal!
¡Duerme! ¡tú vas entre tanto
Tu oscura senda siguiendo
Bajo el influjo tremendo
De una negra adversidad.

VII.

Buscando alivio con afán prolijo
Al recio mal que el corazón sentía,
Así la madre consolaba al hijo
Y así el hijo á la madre respondía.

— Ven á mis brazos; lloraré contigo
Tu misera orfandad, tu duelo fuerte;
Mi pecho maternal te dará abrigo;
Si no, con tu dolor me darás muerte.

¡Oh! si tú lloras tu beldad perdida
Yo contigo también suspiro y lloro;
Sobre una tumba al corazón querida,
Hijo mío, también contigo imploro.

Dios, que á medida del dolor reviste
De aliento y fuerza al corazón del hombre,
Siempre guarda un consuelo para el triste
Y oye al que invoca con fervor su nombre.

A la dulce memoria de María
Que reposa en la tumba solitaria,
En santa y melancólica armonía
Alcemos al Señor nuestra plegaria.

Yo á la hija querida, tú á la esposa,
Llamaremos con súplica ferviente;
Y esa oración sagrada y amorosa
Traerá la paz á tu enlutada frente.

Volverán nuevos días de ventura
A halagar con su brillo tu existencia;
Que tu alma virgen se conserva pura
Y limpio está el cristal de tu conciencia.

Dios tranquiliza el corazón vacío,
Y da consuelo al que su nombre implora.
¡Ven á mis brazos, ven, dulce hijo mío;
Tu madre anciana con tu llanto llora!

— Madre, no quieras consolar la pena
Que á mi alma acongojada despedaza:
¡Es tan agria la hiel que me envenena,
Es tan duro el puñal que me traspasa!

Oye: una noche borrascosa y triste
Que envolvía de luto el firmamento,
Como esa noche lúgubre en que oíste
De ella, infeliz, el postrimer lamento.

Acaso sueño de febril locura,
Tal vez delirio de dolor profundo,
Oí en el viento de la noche oscura
El eco de un gemido moribundo.

Sentí unos labios de mortuorio hielo
Que un casto y tierno beso me dejaron;
Y un himno melancólico de duelo
Las agitadas ondas remedaron.

Y huyendo ví con lánguido desmayo
Vaga visión tal vez sin forma alguna,
Como entre nubes indeciso rayo,
Cual falsa luz de amarillenta luna.

En tanto la tormenta que arreciaba
Del hondo mar las ondas revolvia,
Y en los trémulos mástiles silbaba
Y mi débil bajel se estremecía.

¡No sé qué afán amargo, incomprensible,
Sentí, madre querida, en lo más hondo!...
Presagio atroz de una verdad terrible
Que aquí en mi herido corazón escondo.

Era la misma noche de su muerte:
¡Su alma me visitaba en su partida!...
¡Postrer consuelo de mi triste suerte,
Último adiós de eterna despedida!

Le volveré el adiós de mi ternura,
Iré á su tumba á deponer mi ofrenda,
Antes que al mar sobre su inmensa anchura
La blanca vela del bajel extienda.

¡Yo velaré sobre la tumba fría
Donde su frente virginal descansa;
Y lloraré contigo, madre mía,
El eclipsado sol de mi esperanza!

VIII.

Sobre la humilde tumba donde duerme
El sueño eterno en soledad María,
Alberto eleva su plegaria al cielo
Y el nombre invoca de su luz perdida.

El es pobre de bienes, y no puede
Tributar á su amada en pompa rica
Ni monumentos que levanta el arte,
Ni en láminas de mármol áureas cifras:

Más si le faltan mundanales galas
Para la tumba de su dulce amiga,
Le sobra amor para esculpir su nombre
Con letras de oro en su alma adolorida;

Le sobra amor, para regar con llanto
Esa tierra benéfica y bendita
Donde la amada que adoró en su infancia
Su casta frente virginal reclina.

Antes de darle el último saludo,
El adiós de su eterna despedida,
Le deja, como ofrenda de cariño,
Emblema triste de amorosas cuitas,

Una flor, un modesto pensamiento,
Entre los brazos de la cruz prendida:
Y con la flor le deja sus gemidos,
Y con la flor su corazón le envía.

¡De nuevo, al mar! ¿A dónde va esa nave?
¿Y á dónde irá á encontrar esa alma herida
Algún consuelo á su dolor profundo
Para apartar el mal que la aniquila?

¡Ay, del viajero que la vela extiende
Al ronco mar, sin brújula y sin guía!
¡Ay del amante que perdió á su amada
En los años más dulces de la vida!

¡Tal es, oh amiga, la amorosa historia
De aquella flor que de la cruz pendía!
¡Ruega á Dios por el mísero marino
Que acaso hoy vaga en extranjera orilla!

CÁRLOS WALKER MARTINEZ.

La feria de los jamones en París.

Todos los años, en la época de Pascuas, el barrio popular del arrabal San Antonio se engalana y se anima: los chicos, al salir de la cuaresma, saludan alegremente el día de la feria del pan *d'épice*. Los jamones laureados como una cabeza de romano vencedor, los salchichones adornados con cintas, los polichinellas, comestibles amarillos como siameses, los paralelogramos de pan *d'épice* adornados con almendras, los soberbios mazapanes, y los bizcochos, se extienden orgullosamente de la Bastilla á la plaza del Trono, todo el barrio toma un aire de fiesta, como si se celebrasen bodas á la Gargantua.

¡Viva la primavera, que nos trae tan animados espectáculos! Ya han brotado las primeras hojas, ya aparecen las flores de abril. Vamos á dar un paseo para ver esa feria de los jamones, la última de las curiosas ferias de París, la única que, con la del día de Año nuevo, ha conservado su antigua fisonomía.

Ahuyentados por todas partes, ahí se han refugiado los últimos saltimbancos. Ahí se desgañizan á gritar en sus bocinas, y se descoyuntan las muñecas tocando los timbales. Los luchadores arrojan el guante al pueblo. Aquí se ve el duelo épico, la gran batalla del músculo. La mujer salvaje enseña los dientes, la enana saca su arrugada mano por la ventanilla de su habitación, grande como una caja. Estos son los saltimbancos clásicos; pero luego tenemos otros más modernos. Hé ahí el vendedor de pañuelos, que parece un turco que vende su turbante; hé ahí el vendedor de esponjas, que lleva en la cabeza una gorra de granadero escocés con un gran plumero; y el vendedor de velocíferos de Nanterre, elegante de los arrabales, y el vendedor de otras cantantes, que toca la marcha del *Tanhauser* con su instrumento, una perla musical entre dos conchas. Todo eso se mueve, mete ruido, canta, ríe y se apiña y se hace competencia. Los curiosos van de una parte á otra: hay para satisfacer el gusto de todos.

Las familias se pasean entre esas maravillas, y los muchachos estrechan preciosamente contra su pecho los polichinellas ó los gendarmes de pan *d'épice*, y de cuando en cuando les pegan un mordisco furtivo.

No ha sido ya en el bulevar Bourdon, como era antes, donde se ha celebrado la feria de los jamones, sino cerca de la barrera del Trono, en el camino de Vincennes.

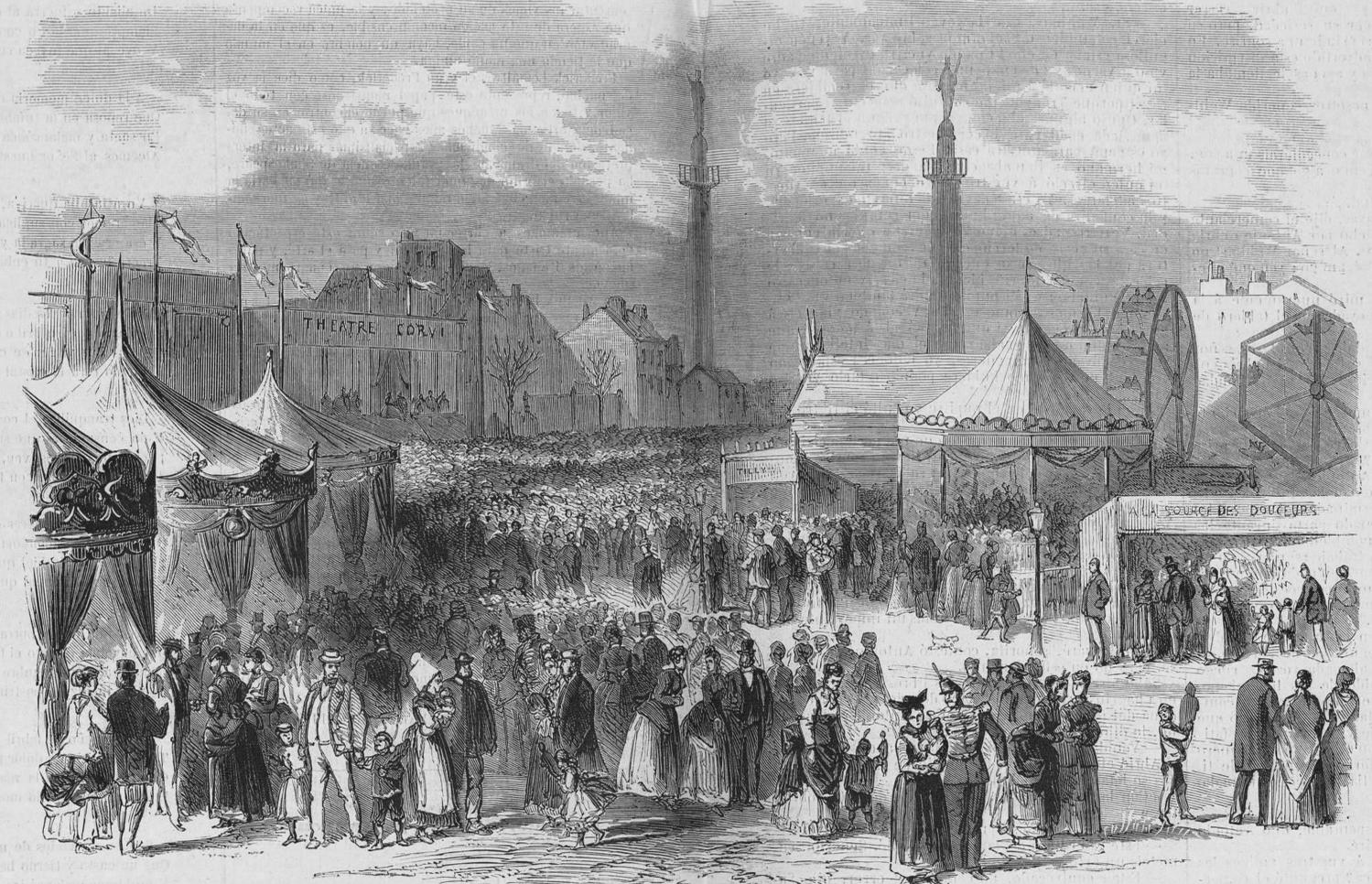
C.



Vendedor de pañuelos.

Concurso general de animales.

El miércoles 24 de marzo ha tenido lugar en el mercado de animales de La Villette la distribución de premios concedidos á los expositores del concurso general de animales de carnicería. En otro tiempo el concurso de Poissy podía pasar desapercibido en París; mas el establecimiento del mercado y de los mataderos de La Villette ha dado á este concurso una importancia que crece de año en año. Así sucede que no solo se presentan ya para disputar los premios las reses que van á las carnicerías, sino que este año se han visto también aves de corral y los instrumentos de agricultura perfeccionados que han entrado á tomar parte en tan importante lucha.



PARIS. — La feria del pan d'épice. — Aspecto general.



El velocifero de Nanterre.

Había, pues, en esta reunion general de animales domésticos, y por primera vez, cereales y forrajes, semillas, raíces, legumbres, etc.
 Máquinas agrícolas é instrumentos aratorios;
 Una locomotora para camino de tierra, nuevo modelo.
 Con tales elementos el concurso ha tenido un brillo digno del gran interés que se atribuye á este ramo de la alimentación pública. Nuestros lectores pueden ver en el grabado que publicamos que el vasto recinto que forma la entrada del mercado, y que servia para la exposicion de los diferentes productos, estaba adornado con gusto y elegancia. El recinto, los pabellones y la sala de la distribucion de premios presentaban un golpe de vista magnífico.
 M. Gressier, ministro de Agricultura y Comercio, pronunció un dis-



Vendedor de ostras cantantes.



Concurso general de animales en el mercado de La Villette. — La exposicion de agricultura. — Pabellones y recinto, adornados para la ceremonia.



Vendedor de esponjas.

curso en el que trazó los progresos de esta exposicion.

En 1844, primer año de concurso general en Poissy, solo hubo 30 bueyes y 48 lotes de carneros; los cerdos y las terneras estaban ausentes.

En 1850, época en que por primera vez aparecen los puercos y terneras, las declaraciones dan 157 bueyes y 22 puercos.

Hoy anuncian 166 puercos ó lotes de puercos, 232 bueyes y 53 vacas. Estas últimas solo entran en concurso desde 1862. Los lotes de carneros han sufrido un movimiento muy variable: eran de 21 en 1850; de 16, en 1855; de 45, en 1860; de 25, en 1862; de 36, en 1863; de 29, en 1866; de 43, en 1867, para caer á 22 en 1868 y subir á 26 en 1869.

Las copas de honor han sido otorgadas: á M. Bellard, de Nièvre, por un buey charolés de 4 años; al conde de Andigné, de Maine-et-Loire, por una vaca de raza Durham; á M. Pilat, de Brebière, por un lote de carneros dishley-merinos; á M. Maisonhaute, de Seine-et-Oise, por un cerdo de raza Berckshire. Los primeros premios de *aves cebadas* han sido para madama Aillerot, M. Corbiat, M. Anceume y M. Blanc.

La raza Durham, que se llevaba el premio principal, ha sido derrotada este año por un buey charolés, es decir, de raza francesa.

Sin embargo, considerando la cuestión bajo el punto de vista práctico del consumo, estamos lejos de encontrar el mismo motivo de satisfacción. La carne es magnífica; pero escasea, y por lo tanto es cara.

El consumo de la carne, que habia sido en Paris en 1867, el año de la Exposicion, de 127.837.009 kilogramos, se ha elevado en 1868 á 131.438.225 kilogramos.

El precio de la carne al pormenor en Paris, que fué en 1867, en el buey primera y segunda categoría, de 1 fr. 63 c. y 1 fr. 40; en la ternera de 1 fr. 83 y 1 fr. 57; en el carnero de 1 fr. 75 y 1 fr. 47, se elevó en 1868: en el buey, á 1 fr. 66 y 1 fr. 43; en la ternera, á 1 fr. 87 y 1 fr. 60; en el carnero, á 1 fr. 80 y 1 fr. 51; y los precios de febrero de 1869 dan mayor aumento: el buey vale 1 fr. 69 y 1 fr. 44, la ternera, 1 fr. 89 y 1 fr. 62; el carnero, 1 fr. 80 y 1 fr. 51.

Y esta carestía tiende á elevarse aun. El ministro, al hablar del remedio, ha indicado las medidas generales que deben tomarse para facilitar la circulacion de los productos. Sin embargo, parecenos que lo principal ha de ser que esos productos se aumenten hasta el día en que la Francia cuente, segun el dicho de M. Gressier, *una cabeza de ganado por cada hectárea de terreno.*

H. V.

Debe y haber.

NOVELA ESCRITA EN ALEMÁN

POR GUSTAVO FREITAG.

(Conclusion.)

La oscuridad de la noche reinaba en la habitacion. El baron estaba inclinado sobre la cama de la enferma, con la cabeza apoyada en el cubrecama; la baronesa tenia sus manos cruzadas encima de él, y sus labios pronunciaban una plegaria en voz baja.

A los primeros albores de la mañana, las cornejas y los grajos revoloteaban por encima de la nieve que cubria el tejado del castillo. Los negros pájaros augures de la desgracia se paraban en las almenas del castillo, y se precipitaban hácia el bosque para anunciar al pueblo que habia en la casa una boda y un entierro. La pálida señora extranjera ha muerto durante la noche, y el ciego, que se ha arrojado en brazos de la hija, no encuentra mas que un consuelo á su dolor, y es que no tardará en seguir á la que ya goza del descanso eterno. Y las aves de mal agüero anuncian cruzando los aires que los colonos extranjeros han sucumbido tambien bajo el peso de la maldicion que gravita sobre el castillo y aquella posesion eslava.

Pero el hombre que manda ahora en el castillo se inquieta poco por saber si es el graznido del cuervo lo que ha oído ó el canto de la alondra, y si sobre aquella posesion está suspendida una maldicion, da un soplo y la desvanece. Su vida será un combate y un triunfo no interrumpido contra los duendes del dominio y del castillo eslavo, saliendo de esta lucha una generacion de niños hermosos y robustos y una nueva raza alemana, vigorosa de cuerpo y de alma, una raza de colonos y de conquistadores.

Breve y afectuosamente, Fink anunció á su amigo sus desposorios y el fallecimiento de la baronesa. Acompañaba á su misiva una carta cerrada para Sabina.

Era ya de noche cuando el cartero llevó la carta al aposento de Antonio. Este permaneció largo rato con la cabeza apoyada en la mano despues de haber leído la carta; al fin cogió la que iba dirigida á Sabina y corrió hácia la habitacion situada á la parte de la fachada de la casa.

Encontró al negociante en su gabinete y le entregó la carta. El comerciante llamó en seguida á Sabina:

— Fink se ha casado, aquí tienes la carta en que te lo anuncia.

Sabina batió las palmas de alegría y corrió al encuentro de Antonio; pero se detuvo en el camino muy ru-

borizada, acercó la carta á la lámpara y la abrió. No debia ser muy larga, porque la leyó en un abrir y cerrar de ojos; se esforzó por mantener su seriedad, pero su boca no obedeció, y no pudo reprimir una sonrisa. En otro tiempo, Antonio hubiera advertido esta disposicion con apasionado interés, pero hoy apenas le llamaba la atencion.

— ¿Pasais esta velada con nosotros, querido Wohlfart? preguntó el negociante.

Antonio contestó:

— Yo queria suplicaros que me concedierais una conferencia de pocos instantes. Tengo algo que comunicaros.

Y miró á Sabina con inquietud.

— ¡Hablad! Sabina, no te vayas, dijo el comerciante á su hermana, que al oír lo dicho por Antonio queria marcharse. Sois buenos amigos. Al señor Wohlfart no le estorbará tu presencia. Hablad, amigo: ¿en qué puedo servirlos?

Antonio apretó los labios y miró nuevamente á la adorada de su corazon, que apoyada en el tablero de la puerta, tenia la vista baja.

— ¿Puedo tomarme la libertad de preguntaros, señor Schröter, empezando un esfuerzo, si habeis encontrado ya para mí la colocacion que vuestra bondad queria hacerme obtener?

Sabina hizo un ademán de inquietud, y el negociante tambien levantó la cabeza con asombro.

— Creo poderos ofrecer algo; pero qué, ¿tanta prisa os corre eso, querido Wohlfart?

— Sí, repuso solemnemente Antonio. No tengo tiempo que perder. Mis compromisos con la familia de Rothsattel están completamente terminados; los terribles acontecimientos en que he tomado parte durante las últimas semanas han alterado notablemente mi salud. Tengo necesidad de reposo. Un trabajo regularizado en una ciudad extranjera, donde no vea nada que me recuerde lo pasado, es hoy para mí una necesidad.

Sabina hizo todavía un movimiento. Una severa mirada de su hermano la contuvo.

— Y el reposo que yo tambien os deseo. ¿no podeis encontrarle á nuestro lado? preguntó el negociante.

— No, contestó Antonio con ahogada voz. Os ruego que no os ofendais, si me despido de vos hoy mismo.

— ¡Hoy! exclamó Schröter sorprendido. Yo no comprendo por qué os apresurais tanto. Es necesario que os repongais en nuestra casa de vuestras pasadas fatigas. Las mujeres os cuidarán con mucho mayor esmero que hasta aquí. Sabina, Wohlfart está quejoso de tí. Está pálido y sufre: á tí y á tu tía toca poner remedio á esto.

Sabina guardó silencio.

— Nuestra separacion es indispensable, dijo Antonio con firme acento; mañana partiré.

— ¿Y no querreis participar á vuestros amigos las causas de una marcha tan brusca? preguntó el comerciante.

— Ya lo sabeis. He roto con mi pasado. Hasta este día he hecho muy poco para asegurarme un porvenir; tengo que ir al extranjero á buscar una colocacion y á trabajar todavía para ganarme el afecto y la confianza. Tambien he llegado á ser muy pobre de amigos. Es necesario que permanezca muchos años lejos de todas las personas que me son queridas. Tengo algunas razones para creerme solo en el mundo, y puesto que tengo que volver á empezar mi carrera, no debo perder inútilmente el tiempo, y cuanto mas pronto lo verifique será mejor, porque cada día que paso aquí se disminuyen mis fuerzas y se hace mas penosa una separacion que creo necesaria.

Antonio pronunció estas últimas palabras con violenta emocion. Su voz temblaba, pero no perdió ni por un momento su actitud tranquila. Se acercó á Sabina y la cogió la mano.

— En esta hora suprema, en presencia de vuestro hermano, os diré lo que no puede herir vuestra susceptibilidad, porque lo sabeis hace ya mucho tiempo: esta separacion me cuesta mas de lo que yo puedo explicar. Adios.

La emocion triunfó entonces de todos sus esfuerzos; se desvió rápidamente y se dirigió hácia la ventana.

Despues de algunos momentos de silencio, el negociante tomó la palabra:

— Vuestra brusca partida, querido Wohlfart, aflige tambien á mi hermana. Sabina abrigaba precisamente el deseo de pedirnos un servicio como galante caballero, hasta el punto que le sea permitido reclamarlo á la hermana de un comerciante. Yo tambien deseo vivamente que acojais bien su demanda. Sabina os ruega que recorrais algunos papeles, atestiguando de este modo el interés que os tomáis por mí. No es un trabajo que pueda fatigaros.

Antonio se volvió esforzándose y haciendo un ademán de asentimiento.

— Es necesario que antes tengais conocimiento de una circunstancia ignorada todavía por vos, continuó M. Schröter. Sabina, desde la muerte de mi padre, es mi socio secreto. Su consejo y su decision han ejercido su autoridad en mi escritorio mas de lo que podeis imaginar. Ella tambien ha sido vuestro jefe, querido Wohlfart.

Hizo una seña á su hermana y salió del aposento.

Antonio miró atónito á su principal en traje femenino y con trenzas negras. De este modo se comprendia que la habia obedecido durante largos años sin saberlo, y habia trabajado á su servicio. De la misma manera que en los antiguos tiempos el poderoso vasallo se inclinaba en presencia de su joven señora, se inclinó tambien

ante Sabina, que se adelantó hácia él con las megillas encendidas.

— Sí, Wohlfart, dijo la joven tímidamente, yo he ejercido tambien mi soberanía sobre vos. Y ¡cuán orgullosa estaba de ello! Cuando vuestro excelente padre vino á vernos y nos pidió una colocacion para vos, yo fui quien decidí á mi hermano á que os recibiera en casa; porque Trangott me consultó respecto al particular. Opuso algunas objeciones, pues segun él teniais ya demasiada edad para hacer vuestro aprendizaje. Pero yo os gané para nuestra casa. Desde aquel momento, mi hermano os llamaba chanceándose mi pupilo. Yo fui quien ofrecí á vuestro padre ocuparme de vuestros adelantos. Yo era todavía una niña sin experiencia, y la confianza de aquel buen señor causaba mi felicidad. Vuestro padre, digno anciano, no queria ponerse en casa su gorro de terciopelo que asomaba por la abertura del bolsillo, hasta que yo misma lo sacaba y le colocaba encima de sus blancos bucles, y entonces yo me preguntaba: «¿Mi pupilo tendrá tambien unos bucles tan hermosos como esos?» Y cuando vinisteis á nuestra casa, cuando ví que agradábais á todos, y que mi hermano os designaba como el mas inteligente de vuestros jóvenes compañeros, yo entonces estaba tan orgullosa de vos como hubiera podido estarlo vuestro padre.

Antonio se apoyó en el pupitre y ocultó el rostro entre sus manos.

— Y como yo sentia siempre que me perteneciais un poco, rogué á mi hermano que os llevara consigo cuando emprendió su peligroso viaje; sabia que estábais con él, y no sentia tanto nuestra separacion. Así es como tambien en el extranjero habeis trabajado por mí, Wohlfart, y cuando pasásteis aquella horrible noche en medio de las llamas y del estruendo de las armas, defendiendo los carros cargados de mercancías, eran mis bienes los que defendiais y salvábais. Así pues, yo me acerco ahora todavía á vos como comerciante, y os suplico por última vez que os encargueis de un trabajo por mi cuenta. Deseo que examineis un importante documento.

— Yo lo haré, señorita, contestó Antonio sin volverse, pero no en este momento.

Sabina sacó de un armario dos libros encuadernados en chagrin verde y con el lomo dorado, y los colocó encima del pupitre; luego cogiendo á Antonio por la mano, le dijo con temblorosa voz:

— Venid pues; repasad mi debe y haber.

Abrió el primer libro. En medio de magníficos rasgos se leian estas palabras:

«Con la gracia de Dios. Libro secreto de F. O. Schröter.»

Antonio retrocedió sorprendido.

— Este es el libro de la casa, exclamó. Señorita, cometéis un error.

— Estais equivocado, no cometo un error, dijo Sabina, deseo que lo examineis.

— Eso no es posible, dijo Antonio. Ni vuestro señor hermano ni vos podeis deseárselo con formalidad. Dios guarde á cualquiera otra persona que no sean los dueños de la casa de tocar á ese libro. Mientras subsiste una casa de comercio, esos asientos no existen mas que para el jefe de la casa, y despues de su muerte para los herederos inmediatos. El que recorriera ese libro sabria lo que no debe saber jamás una persona extraña. Ante ese libro el amigo de mayor confianza es tambien un extraño. Como comerciante y como hombre honrado, no puedo acceder á vuestro deseo.

Sabina le tenia asido fuertemente por la mano.

— Mirad pues el contenido de ese libro, Wohlfart, dijo en tono suplicante. Leed á lo menos el título.

Volvió á levantar la cubierta. En este libro dice: «F. O. Schröter;» y hojeándole, dijo: no hay mas que algunas páginas en blanco. Este libro terminó el año pasado. Abrió la cubierta del segundo libro y dijo: Este está sin principiar, pero es el de otra razon social. ¿Qué dice aquí?

Antonio leyó:

«Con la gracia de Dios. Libro secreto de F. O. Schröter y compañía.»

Sabina le estrechó la mano y le dijo muy bajo en tono de súplica:

— Y el nuevo socio debeis ser vos, amigo mio.

Antonio permaneció inmóvil; pero su corazon latia con violencia, y un vivo encarnado coloró sus megillas. Vió la mirada de la joven cerca de la suya, y sintió como un perfume su dulce beso en los labios. Entonces estrechó en sus brazos á su adorada, y los felices jóvenes permanecieron estrechamente unidos sin decirse una palabra.

Se abrió la puerta, y el negociante se detuvo en el umbral.

— Tenle bien fuerte, no sueltes á ese fugitivo, exclamó. Sí, Antonio, hace ya años que he deseado llegara este momento. Desde el día en que te arrodillaste al lado de mi lecho en el pais extranjero para vendar mi herida, he alimentado en mi corazon el deseo de unir para siempre nuestras existencias. Cuando te separaste de nosotros no pude menos de encolerizarme al ver destruida mi mas cara esperanza. Ahora te tenemos, excelente soñador, en nuestro libro secreto y en nuestros brazos.

Y atrajo á los amantes hácia sí.

— Has elegido un pobre socio, exclamó Antonio apoyado en el pecho de su nuevo hermano.

— No, hermano mio. Sabina ha procedido como un comerciante experimentado. Fortuna y prosperidad no tienen ningun valor para el individuo ni para el Esta-

do, sin la fuerza mágica que entretiene en la corriente de una fecunda circulación el capital muerto. Tú nos traes las fuerzas de tu experiencia y de tu juventud y un carácter puesto á prueba. Te felicito por tu ingreso en la casa y por el cariño que rebosa en nuestros corazones.

Radiante de alegría, Sabina tenia fuertemente asidas entrambas manos de su desposado.

— Yo no podia soportar verte silencioso y triste. Cada día cuando despues de comer te levantabas de la mesa, yo me sentia dispuesta á correr detrás de tí y decirte que nos pertenecias para siempre. Tú estabas tan ciego, que no veias lo que pasaba en mí, y el esposo de Leonor, sin embargo, lo ha sabido todo.

— ¿El? preguntó Antonio. Pues yo jamás le he hablado de tí.

— Mira pues, dijo Sabina, y sacó del bolsillo el billete de Fink.

No habia escritas en él mas que estas palabras:

«Te felicito, querida hermana política.»

Y Antonio dichoso estrechó de nuevo en sus brazos á su adorada.

Engalánate, antigua casa paterna; regocíjate, buena parienta, ama de gobierno experimentada; alegres espíritus familiares de la casa, bailad en el sombrío vestíbulo; da volteretas sobre tu pupitre, maligno gato de vesco. Los sueños poéticos que Antonio habia tenido conforme á los deseos de sus padres, han sido sueños buenos y felices. Hoy se ven cumplidos. Ha triunfado con valor viril de todas las seducciones, de todos los sinsabores de la vida. El antiguo diario de su vida ha terminado, y de hoy mas quedará inscrito en vuestro libro secreto, genios protectores de la casa, con la gracia de Dios, su nuevo *Debe y Haber*.

El falso Profeta.

ROMANCE HISTÓRICO ORIENTAL

Traducido del inglés

POR TOMAS MOORE,

Con notas por D. G. C.

L

A los once años del reinado de Aurungzebe. Abdala, rev de la Bucaria menor, descendido de la línea del gran Zingis, habiendo abdicado el trono á favor de su hijo, se puso en camino para la peregrinacion de la Meca con intento de visitar el sepulcro de Mahoma. Pasando á la India por el delicioso valle de Cachemira se detuvo algun tiempo en Delhi, donde fué agasajado por Aurungzebe con una hospitalidad y magnificencia dignas á la vez del visitante y del huésped; y con igual esplendor fué despues escoltado hasta Surat, donde se embarcó para Arabia. Durante la permanencia del regio peregrino en Delhi, se concertó un casamiento entre el príncipe y la hija menor del emperador Aurungzebe. Llamada Lalla Rookh (1), princesa pintada por los poetas de aquel tiempo mas hermosa que Leila (2), Shirine (3), Dewilde (4), y cuantas heroínas embellecen con sus nombres y amores los cantos de la Persia y del Indostan.

Se acordó pues que se celebrasen las nupcias en Cachemira, donde el jóven rey, luego que los negocios de Estado se le permitiesen, debería verse por la primera vez con su amable novia; y despues de algunos meses de descanso en aquel valle encantador, conducirla á Bucaria atravesando las nevadas colinas que dividen aquellas regiones. El día de la marcha de Lalla Rookh desde Delhi, fué tan faustoso como lo pudieron hacer el lucimiento y la suntuosidad que en aquella ocasion se desplegaron. Los bazares y baños estaban cubiertos de la mas costosa tapicería; centenares de doradas barquillas tremolaban unas banderas que relucian en las olas del Jumna, al paso que llenaban las calles unos grupos de hermosos niños, esparciendo en torno de sí las mas suaves flores en imitacion de la fiesta que los persas llaman el *derrame de las rosas*, hasta que por fin, toda la ciudad se hizo tan perfumada como si hubiese pasado por ella una caravana cargada de almizcle de Khoren.

Habiéndose ya despedido la princesa de su cariñoso padre, quien al separarse puso pendiente al cuello de su hija una cornerina de Yemen que traía escrito un versículo del Koran, entró con humildad en el palanquin destinado al efecto, y despues de repartidos regalos de consideracion entre los *faquíres* que alimentaban la lámpara perpétua encima del sepulcro de su herma-

na, se puso en movimiento toda la procesion tomando con paso solemne el camino de Lahor, mientras el emperador Aurungzebe desde su balcon dirigia sus últimas miradas á este ostentoso espectáculo.

Rara vez habia presenciado el pueblo del Oriente una cabalgata tan pomposa; desde los jardines de los arrabales hasta el palacio imperial, todo formaba una cadena de brillantez sin romperse una sola vez. La gallarda presencia de los *rajas* y magnates del Mogol, distinguidos por el favor de Aurungzebe, esto es, el permiso de llevar en sus turbantes las plumas de la garza real de Cachemira, y en sus sillas tamboriles con cerco de plata; la rica armadura de sus guardias de á caballo, que en aquella ocasion competian con los del gran Keder Kan (1) en lo brillante de sus segures de plata y lo macizo de sus clavos de oro; el brillo de las doradas piñas en el remate de los palanquines; los jaeces bordados de los elefantes que cargaban con unos pequeños torreones en forma de antiguos templetes, en los cuales se veian como endiosadas las damas de Lalla Rookh; los velos de color de rosa de la suntuosa litera en que iba aquella princesa al lado de una jóven esclava hermosa que la abanicaba con plumas del ala del faisán Argo; las numerosas damas de honor ya tártaras, ya cachemerinas que el regio novio habia enviado para acompañamiento de la princesa, y que iban montadas en pequeños caballos árabes á cada lado de su litera, todo, en fin, respiraba esplendor, gusto y magnificencia, agradando hasta al critico y fastidioso Fadladeen (gran *Nazir* ó sumiller de corps del harem) cuyo palanquin seguia inmediatamente al de Lalla Rookh, sin que se conceptuase el personaje menos importante de todo aquel lucido concurso.

En efecto, Fadladeen se hallaba ducho en todas las cosas, desde los perfiles de los párpados de una circasiana hasta las mas profundas cuestiones científicas y literarias; desde la mezcla de aquellas conservas que se hacen de hojas de rosa, hasta la composicion de un poema épico; y tanto poderío tenia su dictámen en el gusto de aquel tiempo que todos los cocineros y poetas de Delhi le miraban con respeto y temor. Sus opiniones y su política se fundaban en aquel renglon de Saldi: «Si el príncipe dijese á las doce del día, que es de noche, decidle que ya veis la luna y las estrellas.» Y su celo á favor de la religion, de la que era Aurungzebe protector munifico, se parecia bastante en lo desinteresado al del platero que se enamoró de los ojos de diamante que tenia el ídolo de Yaghernat (2).

Durante las primeras jornadas Lalla Rookh, que habia pasado toda su vida en los umbrosos y reales jardines de Delhi (3), halló en medio de las amenas escenas que á cada paso se le ofrecian, lo suficiente para interesar su ánimo y deleitar su imaginacion; y cuando ya por la tarde, y durante las horas calorosas del día se apartaban del camino real, dirigiéndose á los puntos retirados y románticos que servian para sus campamentos, ora en las orillas de algun riachuelo claro como las aguas de la laguna de Perlas (4), ora bajo la sacra sombra del *banyan* (plátano), á la vista de los bosques en que se veian reunidas manadas de cabras selváticas con astas torcidas; y no pocas veces en aquellos sitios recónditos y abrigados que pinta él de las islas occidentales (5) con el nombre de melancólicos, deleitosos y seguros, donde no habia mas moradores que pavos silvestres y tórtolas; en esas escenas, digo, encontró tanto nuevo embeleso que la princesa por algunos momentos llegó á ser insensible á todo otro pasatiempo. Pero Lalla Rookh era jóven, y la juventud se complace en la novedad; así que ni la conversacion de sus damas, ni del gran Nazir (únicas personas que podian acercarse á su pabellon), bastaba para avivar el tedio de las horas dilatadas que pasaba fuera del lecho ó del palanquin. Hallábase en la comitiva una jóven esclava persa que cantaba dulcemente al son de su avena, y que de cuando en cuando con la historia de Wamak y Ezra (6), del

(1) Una de las señales de honor, ó de caballería que concede el emperador, es el permiso de llevar en la silla un pequeño tamboril, que se inventó en su origen para enseñar y atraer á los falcones á los lazos tendidos al intento; y todos los cazadores lo llevaban en el campo. *Viaje de Fryer*. Los que gozan de este privilegio han de llevar adornos de joyas en la parte derecha de sus turbantes, con remates de plumeros muy altos de una especie de garza que no se halla sino en Cachemira; y el mayor cuidado se tiene en recoger sus plumas para que el rey las vaya repartiendo despues entre la nobleza. *Relacion de Caubul de Elphinstone*.

(2) El ídolo de Yaghernat, tiene dos hermosos diamantes por ojos; á ningun platero se le permite entrar en la pagoda, desde que estando una noche entera encerrado con el ídolo, uno de estos artistas le robó uno de sus ojos. *Tavernier*.

(3) Reales jardines de Delhi, véase su descripcion en *an account of the present state of Delhi by Lieut. William Franklin. Asiatic researches*.

(4) Laguna de Perlas, en sus cercanías hay *Nothe Gill*, ó la laguna de Perlas, que recibe este nombre de sus aguas cristalinas. — *Indostan por Pennant* Nasir Jung se acampó en las inmediaciones de la laguna de Perlas, y como se divertiera bogando por sus claras aguas, dió al lago este nombre fantástico (*motee talab*), y lo conserva hoy día. *Sur de la India por Wilks*.

(5) De las islas occidentales, aludiendo á la descripcion de sir Thomas Roe, enviado de Jaime I á Ychanquire.

(6) Los amores de Wamak y Ezra, el romance persa *Wamakweazra*, que contiene los amores de Wamak y Ezra, dos insignes amantes que vivieron antes del tiempo de Mahoma. *Notas acerca de los cuentos orientales*.

rubio Zal y su querida Rodahver (1), sin olvidar el combate de Rustan contra el demonio blanco (2), solia endormecer á la princesa con los antiguos cantares de su país. Otras veces se distraía al ver las graciosas bailarinas á quienes permitieron acompañar á Lalla Rookh los bramines de la gran pagoda, pero con sumo horror del buen musulman Fadladeen, quien no veia gracia ni placer alguno en unas idólatras, y para quien el solo ruido de las capanillas de oro que llevaban á los piés, era nada menos que una abominacion.

Pero estas y muchas otras diversiones se repetian tanto que ya perdieron todos sus encantos para la princesa, haciéndose todas las noches y la hora del medio día sumamente pesadas; cuando, por fin, se recordó que entre la comitiva enviada por el jóven rey de Bucaria, se hallaba un jóven poeta de Cachemira que tenia mucha fama en todo aquel valle por su manera de recitar los cuentos orientales, y á quien su augusto amo habia concedido el privilegio de ser admitido al pabellon de Lalla Rookh, para que cooperase á aligerar el tedio de su viaje mediante sus gratísimas narraciones. Al solo nombre de poeta el critico Fadladeen arqueó las cejas, y habiendo tomado una dosis del delicioso opio que se extrae de la negra adormidera de la Tebaida, mandó que compareciese el vate ante la princesa. Como Lalla Rookh habia visto en otro tiempo á uno de estos cantores por entre las gasas del salon de su padre, y habia formado un concepto poco favorable de su habilidad, esperaba encontrar muy poco interés en aquel nuevo ensayo; mas á la sola aparicion de Feramorz, ya mudó de sentir.

Este era un jóven á poco mas ó menos de la edad de Lalla Rookh: gallardo y gracioso como aquel ídolo de las mujeres indias (*Christna*) (3) tal cual se presenta á sus tiernas imaginaciones: lindo, heróico é inspirando á sus devotas pasion y enternecimiento en la armonía de sus mismos ojos. El traje de Feramorz era llano, pero sin llevar indicios de su mucho coste; y no tardaron las damas de la princesa en descubrir que el paño que circua su alto gorro tártaro, era de aquel género fino y delicado que dan las cabras de Tibert para la fabricacion de los *shales*.

En el exterior de su vestido se notaban tambien algunas perlas de las mas preciosas, dispuestas con un aire de estudiada incuria, sin que su floreado ceñidor de Kashan, y el exquisito bordado de sus sandalias se ocultasen á la vista perspicaz de aquellas beldades, quienes por mas que cediesen á Fadladeen en lo concerniente á gobierno y religion (cosas para ellas de poca monta) poseian un espíritu de mártir en lo relativo á los importantes artículos de joyas y bordados.

A fin de llenar las pausas de la recitacion, el jóven poeta de Cachemira tenia en la mano una guitarra parecida á las que en otro tiempo se tañian en el Occidente y halagaban con sus suaves sonos á las doncellas árabes á favor de la luna en los jardines de la Alhambra. En seguida Feramorz, despues de advertir que el cuento que iba á referir, se fundaba en las aventuras del falso profeta de Corassan, que en el año 165 de la egira, infundió tanto pavor á todo el orbe oriental, hizo una respetuosa inclinacion á la princesa, y comenzó de esta manera:

(Se continuará.)

El Jardin de invierno

DE S. A. I. LA PRINCESA MATILDE.

Es á la verdad un refinamiento de lujo extraordinario el poder abrir, en medio del invierno, las vidrieras de un salon, y sentir en el rostro el soplo perfumado de la primavera. Fuera está lloviendo ó nevando, y no hay mas que empujar la puerta de cristales para encontrarse nada menos que en un pais de los trópicos.

Un inmenso invernáculo que envuelve como una galería exterior las habitaciones de recepcion de la princesa Matilde, realiza en Paris este milagro. El esbelto edificio, con sus columnillas de hierro y sus transparentes paredes, se redondea en torno del pabellon central, dibujado en hemiciclo, se alarga por los lados siguiendo las alas, y esta graciosa curva, que impide que se vean á un tiempo las dos extremidades, aumenta la extension de ese palacio diáfano añadido al otro.

Esta bonita y ligera construccion tiene un carácter particular; no es un invernáculo en la simple acepcion

(1) Sus amores se refieren en el *Shanamch* de Ferdousi, siendo bellissimo aquel pasaje que describe los esclavos de Rodahver sentándose en las orillas del rio, y echando flores en su corriente para llamar la atencion del jóven héroe que se hallaba acampado en la orilla opuesta.

(2) El combate de Rustan, etc. Rustan es el Hércules de los persas, y las particularidades de su victoria contra el *seped deeve*, ó demonio blanco, se hallan en *the oriental collections*. Cerca de la ciudad de Shirauz hay un monumento de forma cuadrangular en memoria de este combate, llamado el castillo del gigante blanco, que el Padre Angelo en su *gazophylacium Persicum* declara ser el monumento mas memorable de la antigüedad que ha visto en Persia.

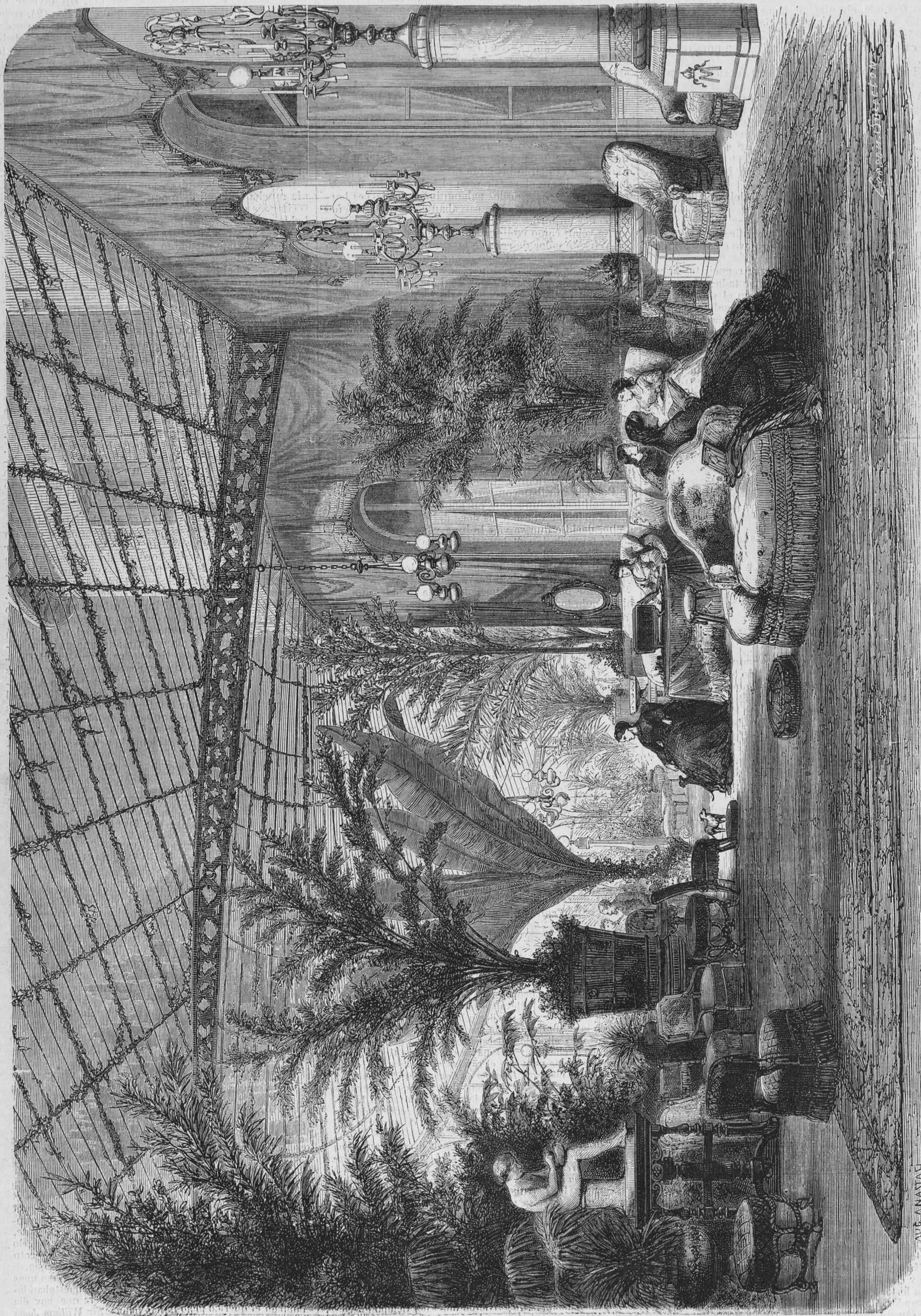
(3) *Christna*. Este y las tres *Ramas* se pintan como unos jóvenes bellísimos: las princesas del Indostan estaban locamente enamoradas de *Christna*, de manera que hoy día es tambien el querido ídolo de las indias. *Sir William Jones sobre los dioses de Grecia, Italia é India*.

(1) Lalla Rookh, quiere decir megillas de tulipan.

(2) Leila, querida de Mojnocen, en cuya historia se fundan tantos romances en todas las lenguas orientales.

(3) Shirine, por los amores de esta célebre beldad con Khosrou y con Ferhad, véase *D'Herbolot, Gibons, etc.*

(4) La historia de los amores de Dewilde y Chizer, hijo del emperador Alá, está escrita en un poema elegante por el noble *chusero* Feristha.



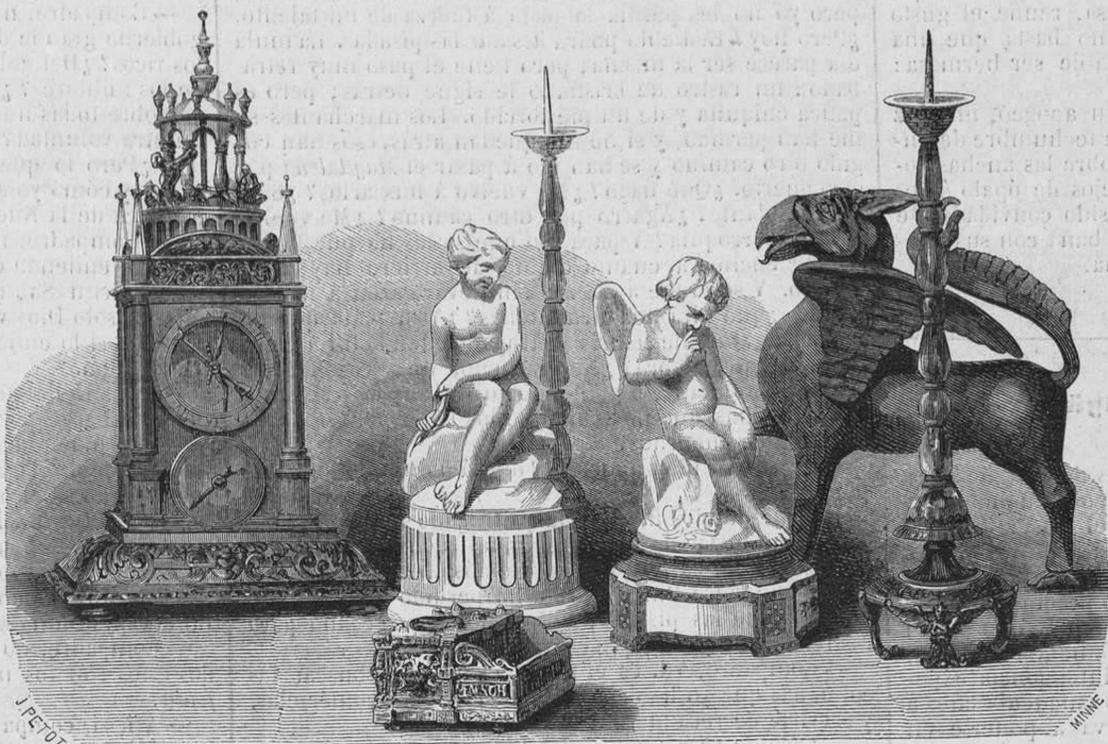
Los salones de Paris. — Recepciones de S. A. I. la princesa Matilde: El jardin de invierno.

AUG. ANASTASI

CHATELAIN

de la palabra, es mas bien un salon, ó un jardin de invierno, donde las riquezas de la naturaleza se mezclan con los objetos mas admirados del lujo y del arte.

Alfombras de Turquía, de Esmirna, de Persia y de la Kabilia, cubren todo el suelo, y los zapatos de raso no se rozan jamás con un grano de arena; no hay mas tierra en ese jardin que la de una plantabanda orlada de mármol, de la que se lanzan plantas exóticas tan vivas y erguidas como si estuvieran en su clima natural. Parece un pedazo de selva virgen entre cristales. Aquí las palmeras abren su abanico de hojas, allí los lanterneros dejan pasar la luz al través de sus anchas bandas de seda verde; mas lejos el bambú se alarga nudo por nudo hasta la bóveda con sus ramilletes de hojas agudas; los he-



Estatuillas de Sèvres; candeleros; reloj de Enrique II; escribanía del renacimiento; fuente del siglo XV.

curiosidades. Entre las columnas esmaltadas de dragones y quimeras que sostienen las lámparas, hay muebles de la China ó del Japon, sobre los cuales se ven espejos con marcos primorosamente trabajados, mesas de maderas preciosas, y un pequeño escritorio donde á veces la princesa escribe rápidamente alguna carta. Las tijeras y las agujas que hacen frente al recado de escribir, recuerdan que la señora de la casa sabe mezclar el trabajo femenino con el pensamiento y el arte. La carpeta está ilustrada con una aguada admirable de Raffet, que representa « el Regreso de las cenizas del emperador; » el carro fúnebre, precedido de banderas coronado con victorias, pasa por la puerta colosal del Arco de Triunfo, bañado por un rayo de sol, como un rayo de gloria que baja del



La Justicia, mármol de G. Pilon.

lechos arborescentes se mezclan con las cicas y esas plantas metálicas de los países cálidos, que parecen caprichosas fundiciones de bronce verdoso.

Pero no nos corresponde hacer aquí un curso de botánica. Seria menester ser mas entendidos de lo que somos en la materia para escribir la nomenclatura de esa flora exótica, cuyas formas magníficamente extrañas son un motivo de admiracion constante. Lo único que podemos hacer, es ensalzar el gracioso y pintoresco efecto que producen esas bellas plantas que se destacan sobre la transparencia de los cristales ó sobre los tonos armoniosos de los cortinajes; los juegos de luz y de sombra al través de los variados matices de



Busto de emperatriz romana, mármol antiguo.

cielo. Las tropas siguen en líneas brillantes, y por todas partes acude una multitud embriagada de entusiasmo, que no pueden enfriar los quince grados bajo cero de aquel día

; Bello como la gloria,
Frio como el sepulcro!

Es un cuadro de historia reducido á microscópicas proporciones, pero que no rebaja la impresion de tan grandiosa escena.

A veces tambien, sentada en un canapé, la princesa da audiencia á sus cortesanos mas asiduos, Tom, Phille, Lolotte y Miss, que el gran pintor de perros Godofredo Jadin ha pintado con sus

nombres escritos en letras de oro sobre campo de azul; esos cuatro perros favoritos compo-



La Paz, mármol de Germ. Pilon.

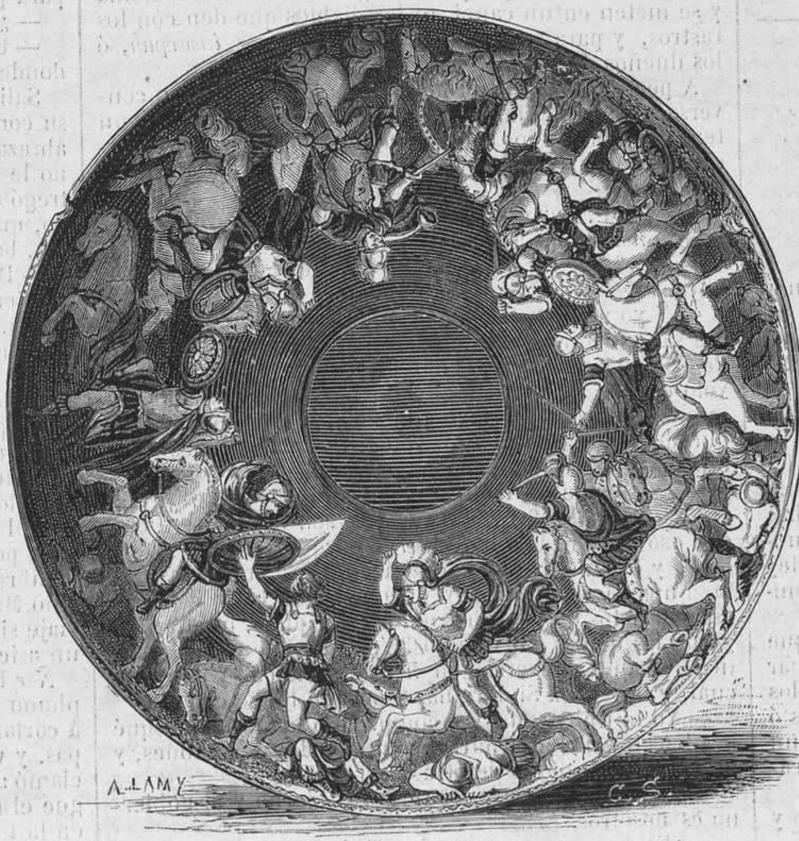
los follajes, las diferencias, en fin, que presentan entre sí, viviendo solas en la atmósfera parisiense.

Entre esas preciosas malezas, se distingue de repente la blancura de una estatua. Sabido es que la verdura constituye un delicioso fondo para el mármol. Es una lindísima figura de pastor virgiliano que se saca una espina del pié. Al otro extremo del invernáculo está el *Músico florentino*, la delicada obra maestra de P. Dubois. Los candelabros y las lámparas están sobre columnas y pedestales. De la bóveda, recorrida por guirnaldas de enredaderas, cuelgan arañas cuyos globos de cristal cuajado parecen gruesas perlas.

Todas las formas posibles de asientos que el lujo y la comodidad pueden inventar para el reposo y la conversacion, se encuentran allí reunidos: sillones, butacas, sofás, divanes, taburetes, sillas portátiles de raso, de terciopelo, de cuero del Levante, de tapicería, esculpidos, dorados, almohadillados, convidan á descansar, á reunirse en grupos de dos, de cuatro ó mas personas, por su disposicion bien entendida. Las luces de los candelabros se reflejan en espejos que aumentan su luz y la mezclan con las formas de los follajes que reproducen.

Como estas palabras no pueden dar idea de un jardin tan encantador, contamos con el dibujo que las acompaña, para que el lector pueda figurarse lo que es esa creacion indescriptible.

A decir verdad, no es solo una selva virgen en miniatura, sino que es tambien un salon, una galeria y hasta un gabinete de



Esmalte de Jehan Courteys

De la coleccion de objetos de arte y de curiosidades de M. Bigillon.

nen lo que se llama la pequeña jauría.

En el lado opuesto hay jarrones gigantes de la China y del Japon, que semejantes de aspecto á la primera ojeada, se diferencian cuando se les mira de cerca por el capricho y variedad de sus detalles. Mencionaremos tambien el biombo bordado y adornado con figuras que tienen las cabezas pintadas y los ropajes verdaderos, bonita imitacion chinesca ejecutada por la hija de un alamado novelista.

El invernáculo es bonito de día, pero de noche, con todas las luces encendidas, tiene un mágico aspecto. Abrense las puertas de cristales de los salones, y por las mullidas alfombras se arrastran las colas de los trajes de raso, de terciopelo y de encaje, en tanto que las casacas negras, adornadas con placas y bandas, buscan los rincones para etablar las conversaciones diplomáticas. Los pintores, los poetas, los literatos, se rozan con los hombres políticos; todas las notabilidades del mundo parisiense tienen allí entrada. Los artistas de los principales teatros liricos amenizan tan bellas reuniones.

Y la princesa, que ve á todo el mundo en esa brillante muchedumbre, encuentra siempre una palabra amable, una sonrisa benévola, ó al menos, una mirada para cada uno de los convidados. Cuando la princesa pasa cerca de un grupo y se detiene un instante, de repente la conversacion se reanima, porque ha introducido en ella una idea nueva. Sabe hablar de guerra con los mariscales, de congresos y tratados con los diplomáticos, de arte con los pintores y

los poetas, de diamantes y encajes con las señoras; pues á su alta elegancia de princesa, reúne el gusto exquisito de la artista. Para ella no basta que una cosa sea cara, sino que también ha de ser hermosa: no admite la moda sin el arte.

A veces cuando la fiesta está en su apogeo, una luz pálida y azulada penetra por la clara techumbre del invernáculo, baja en gotas brillantes sobre las anchas hojas de las plantas exóticas, y da reflejos de ópalo á los rostros; es la luna que, sin haber sido convidada, se cree en sus dominios en esa selva, y baña con sus plateados rayos las alfombras de Esmirna. T. G.

Las colecciones de antigüedades.

Las ventas de colecciones artísticas y de antigüedades de género que desde hace años ya se continúan en París con un gran éxito, prueban que el gusto artístico no se halla en decadencia. Los departamentos rivalizan bajo este concepto con París, y para citar un ejemplo, vamos á señalar aquí la colección de preciosidades de M. Bigillon, del tribunal civil de Grenoble, que puede figurar seguramente entre las más famosas. Paciente, incansable, guiado siempre por una inteligencia experimentada, M. Bigillon ha consagrado cincuenta años á reunir la admirable colección que va á ponerse en venta.

Gracias á las fotografías que hemos tenido en nuestras manos, podemos dar aquí algunas de las piezas más preciosas de la colección, que encierra los objetos más distintos en cuanto al estilo y la época; si bien, artísticamente hablando, se puede decir, que cada uno de los artículos es un objeto raro.

Aquí tenemos un admirable busto en mármol de alguna emperatriz romana, cuya hermosura severa y ejecución magistral denotan á la vez la grandeza de raza del modelo y la mano de un artista superior.

Allí hay una fuente de bronce del siglo XIV, formada de un hipogrifo alado y que prueba una vez cuán adelantado estaba el arte en la edad media, de que tan mal se habla.

Más allá vemos dos soberbios bajo-relieves de Germain Pilon, la *Justicia* y la *Paz*; un plato, esmalte de Limoges, de Jehan Courteys, de colores vivos sobre un dibujo muy puro; un reloj de sobremesa, del tiempo de Enrique II; dos candeleros de cristal de roca, de un precioso trabajo; dos lindísimas estatuillas de pasta tierna de Sèvres con pedestales adornados también en Sèvres.

Si quisiéramos seguir citando iríamos muy lejos. En apoyo de esta verdad, diremos que en la colección de cuadros hay más de 600 lienzos de escuelas distintas, y la mayor parte de estas obras notables están firmadas por los nombres siguientes, cuya enumeración basta para poner en evidencia su mérito: Albano, Berghem, Ruysdæl, Van Ostade, Benedetto, Boucher, Detroy, Dietrich, Greuze, Guide, Panini, Lancret, Vander Neer, Vander Meulen, Watteau, Wouvermans, Mest Schalken, etc.

Así pues, siendo imposible indicarlo todo, nos contentaremos con lo dicho, y para concluir apuntaremos que esta colección tiene la ventaja de la variedad, llevada á un grado extraordinario. Comprende instrumentos de óptica muy curiosos, instrumentos de música tan preciosos como raros, tapicerías y objetos de curiosidad que abrazan todos los géneros. Habrá pues, para todos los gustos. H. V.

Manuela,

NOVELA ORIGINAL POR EUGENIO DIAZ.

(Continuación.)

—No tenga cuidado, mi compadre, que habiendo salido del hombre Tadeo, ya somos libres. Es que mi compadre se ha dejado aterrar, y no es otra cosa.

—¡Pero mucho disimulo, compadre de mi alma! y le ruego que allá en la parroquia ni me salude siquiera.

—No tenga escrúpulos, compadre, de esas cosas. Ya ve que don Tadeo y don Matías con la plata y con los testigos falsos es que se han bandeado para mandar la parroquia y aturrullar á sus contrarios; ya vió Vd. á Simona lo que le sucedió y los de su casa, ya sabe usted todas las leyes que ha dado el cabildo, como la ley de la horqueta y de los burros. ¿Con que estamos, compadre?

Se callaron por un rato los compadres después que ñor Dimas recibió la carta, pero no dejaban de caminar á buen paso. Ñor Dimas se agachaba á inspeccionar los rastros de cuando en cuando, examinaba las bocas ó entradas de las trochas y caminos, acesaba como un mastin fatigado y sudaba por todos los pelos de la cabeza.

De golpe se paró, se puso la mano en la frente y prorumpió en este razonamiento:

—Estoy acabando de creer que el diablo acompaña á los que se quieren. ¡Cuál me costó ayer para seguir-

les el rastro! A bañarse, á comer fiambre, á sestiar; pero yo no les perdía la pista á fuerza de mi talento. ¿Pero hoy? El diablo podrá *desatar* las pisadas. La mula esa parece ser la misma; pero tiene el paso muy retrabado: un rastro de cristiano le sigue detrás; pero es patica chiquita y de un pié torcido. Los marchantes se me han perdido, y si no me quedan atrás, esos han cogido otro camino y se han ido á pasar el *Magdalena* por otro puerto. ¿Qué hago? ¿Me vuelvo á buscarlos? ¿Sigo para adelante? ¿Agarro por otro camino? ¿Me vuelvo para la parroquia? Y para eso que se les ha puesto pasar por encima á cuanto diablo de arriero hay en el mundo. Y si yo me aparezo sin llevar razón á la parroquia, ¿qué dirá don Demóstenes? ¿Y la plata que he gastado? ¿Qué me habría yo tragado cuando fui á comprometer mi palabra? ¿No era mejor estar cazando *josos* en la montaña, ó poniendo mis trampas y sacando mis colmenas, que no asándome los bofes por estos arenales de los infiernos?

—¿Está Vd. bien aburrido? dijo á ñor Dimas su compañero.

—¿Qué diablos me habría yo tragado cuando me fui á dejar endulzar de las palabras del cachaco? continuaba diciendo el cartero de don Demóstenes.

—¡Compadre Dimas! Usted ha perdido enteramente el talento de las pisadas; Vd. ya no la pega sino para rastrear ratones de espina y morrocuyos.

—Compadre, Vd. es el que no sabe sino buscar las colmenas que yo he dejado señaladas, para comérselas, y servirle de recaudero á la Cecilia.

—¿Eso de veras, compadre Dimas?

—¿Luego Vd. qué piensa, que porque sea mi compadre de mi alma y de mi vida, yo no le puedo meter unos porrazos en estos arenales?

—Pues si quiere tireme, que puede ser que los ojos no le sirvan para acabar con el viaje.

—¡Pues tire!

—Sosiéguese, compadre, que los dos no podemos pelear, porque somos compadres de sacramento, y porque tenemos secretos entre pecho y espalda que nos pudieran perder.

—¿Pero cómo mi compadre me viene aquí con insultos y vejámenes, cuando me veo más afligido?

—No hay que afanarse, compadre de mi alma. Usted se halla entortudado, y esos rastros se los *desato* yo con la pata izquierda.

—¡Esa sí que no!

—¿Apostemos un cuero de cafuche contra dos de *joso* hormiguero á que yo doy primero que Vd. con los fugitivos?

—¡Mas que perdiera yo los cueros de la venada que está empicada á la roza, y los cueros que Vd. dice, como topáramos á esos niños del diablo!

—Pues atiéndame, compadre, dijo el cartero de Sinfoniana señalando las huellas del camino con el dedo gordo del pié izquierdo. Abra muy bien los ojos y vea: este rastro es de la mula: lo que tiene es que se montó Dámaso, por alguna espinadura que trae en la pata.

—¿Pero este paso trabado?

—Es porque hecho el zoquete le habrá dejado las maletas en un solo lado, ó se habrá puesto en la silla con la pierna recogida por encima. Y la patica chiquita que va detrás es la de ella que lo va siguiendo.

—¿Pero torcida? ¿No ve Vd. que la niña Manuela no es cascorva, ni chagüeta?

—¡Válgame Dios! ¿Y no se puede haber tropezado, ó no puede llevar alguna espinita que le haga torcer el pié?

—¡Me ganó mi compadre! Los novios van adelante y ya los llevamos corticos. ¡Benditas sean las horas de mi amo y Señor! Apuremos, compadre, antes que se nos pasen del río, porque si llegan á caer á Ambalema y se meten en un canel, ni los diablos que den con los rastros, y para esto que los cosecheros los *insurpan*, ó los dueños de tierras.

A poco trecho volvieron á entrar los carteros en conversaciones muy amigables, y como la política es un tema que ocupa los ánimos en los tiempos de revoluciones, sobre ella vinieron á dar los dos ciudadanos granadinos.

—¿Y Vd., por quién vota este año para presidente? le dijo ñor Dimas á su compadre.

—¿Yo? por mi amo Cosme, porque si no me echa de la tierra.

—Y yo voy á votar por la niña Manuela, porque ella me sabe medir el anisado á mi gusto, y me lo escoge de contrabando, y ella me dijo que contaba con mi voto de este año. Yo lo que no he podido entender es este enredo del zurriago universal y secreto, ni para qué demonios sirven esos votos de todos los peones y criados y pobres de todas las parroquias.

—Es porque mi compadre no consulta con los *proveistas* y los tadeístas como yo, que son los que entienden eso del sufragio *universario*, porque don Eloy y don Blas, y el amo cura, y los hacendados conservadores no quieren sino una ley en que voten los que sepan escribir y los que sepan tener algo de plata, ó de renta, y que los demás no votemos. Yo entiendo algo la política, porque converso con ñor don Tadeo, y don Pascual, y la señora Sinfoniana, y porque tengo caletre.

—Yo lo único que no comprendo bien es para qué nos hacen votar á la pura fuerza á todos los peones, y hasta los limosneros de otras parroquias.

—Es porque nosotros somos el gobierno y el gobierno es nosotros.

—¿Es decir, que yo soy don Tadeo, y don Tadeo es yo, ó cómo es que Vd. me dice? Porque ya ve mi compadre que don Tadeo es el que ha estado mandando en

los cabildos, y los jueces, y las elecciones, y todo.

—Compadre, no sea tan testarudo, ¿no ve que es del gobierno grande del que yo hablo? ¿Del gobierno de los ricos? ¿Del gobierno de los sabidos? ¿Del gobierno de los militares? ¿Del gobierno del presidente que manda sobre todas nuestras personas, y nuestros bienes, y nuestra voluntad?

—¿Pero lo que no entiendo es cómo el presidente es yo, y cómo yo soy el presidente, ó el gobierno de la América de la Nueva Granada?

—¡Compadre, no sea tan de una vez! ¿No es cierto que Vd. entiende que el Padre es Dios, y el Hijo es Dios, y el Espíritu Santo es Dios, y que no son tres Dioses sino un solo Dios verdadero?

—Eso sí lo entiendo, porque es un misterio de nuestra religión.

—Pues lo del gobierno del pueblo es lo mismo y debemos creerlo, porque los blancos así nos lo enseñan.

—¿Pero entonces por qué mandan unos poquitos que el pueblo haga cosas que el pueblo no quiere, si el gobierno es el pueblo y el pueblo es el gobierno?

—¡Usted es un bestia, compadre de mi alma!

—Bueno, compadre; pero ¿cómo es que hacemos el gobierno con el voto secreto y *universario*, cuando ni usted ni yo votamos por nuestra voluntad, sino por voluntad de la niña Manuela y del dueño de tierras?

—Compadre, no sea tan caprichudo, ¿no ve que todos estos son los misterios de nuestra República *perfecta*?

—Así, sí, compadre, ahora sí comprendo cómo es la República.

—¿No ve Vd.? Esta ley del voto *universario* no la quieren los hacendados conservadores, como don Eloy y don Blas y don Vicente; y si no fuera porque mi amo Leocadio, y mi amo Cosme, y don Tadeo y los demás liberales la mantienen, ya la habrían hecho olvidar.

—Pero, compadre Lías, ¿por qué son estas guerras de cada nada?

—Porque el gobierno es alternable, y los partidos se tienen que remudar á balazos, porque así están dispuestas todas las cosas en nuestra constitución y nuestras leyes, y para eso se ha mandado que los gobiernos tengan las manos cerradas y que sus enemigos las tengan sueltas. Y este es un gobierno muy divertido, como dice don Tadeo, y él dice que aunque estemos en la pobreza que eso no le hace.

El sol se ocultaba detrás de la sierra nevada del Ruiz: los carteros no habían alcanzado á los fugitivos, y los temores de que se embarcasen los hacían correr á pesar del calor que los ahogaba. Cuando faltaban pocas cuadras para llegar al puerto, ñor Elías se quedó en oculto para no hacerse sospechoso de una ingerencia en los negocios de los manuelistas.

Cuando ñor Dimas avistó la margen del río tenía Dámaso un pié metido en la barqueta, y el otro puesto sobre la fangosa arena, y lo llamó con un grito de afán que á todos los hizo volver la cara. Dámaso se retiró unos pasos de la canoa, y después de los abrazos de paisapos, amigos y copartidarios, supo la comisión que llevaba el cazador de la montaña. Llamó á Manuela, pero el pasero no la quería dejar salir.

—Amigo pasero, déjemela sacar, le decía Dámaso con tono suplicante.

—¿Luego no va para Ambalema la mosquita?

—No, señor, porque se vuelve para su tierra.

—Menos por ahí, porque de estas peonas nos vengan muchas.

—¡Hágame ese favor!

—¡Salen estas moscas con unas batatas luego!...

—¿Por qué no me la deja sacar?

—Porque ya pisó mi barqueta y el tiempo no está para perder.

—¿Y pagándole el real de la pasada?

—Ese es otro cantar. Sáquela y vaya y escóndala donde no la vea nadie.

Salió Manuela de la canoa teniéndose de la mano de su compañero, y luego que vió á ñor Dimas corrió á abrazarlo y á preguntarle por los de su casa; pero este no le dió razón sino de Pia y de *ñuá* Melchora, y le entregó el papelito que don Demóstenes le había mandado, que no contenía sino la pintura de un Cristo al revés, bosquejado con lápiz, y le dió el siguiente recado:

—Don Demóstenes me mandó á decirle á Vd. que se volviera, y que le avisara que el *galoso* está ya en la tierra, y que se volviera Vd. á recoger los laureles de las coronas.

Manuela comprendió muy bien las señas del papel, y aunque el cartero no le pudo explicar los sucesos de la parroquia, ella quedó convencida que el monarca estaba en el suelo, aunque no podía compaginar algunas contradicciones que había en los últimos sucesos, como eran los gritos de ¡viva don Tadeo! ¡viva la libertad! con el papel de don Demóstenes y el hallazgo de la sortija; pero el hecho era que la llamaban.

Libres como se hallaban los prometidos esposos, vino Manuela en pasar á conocer á Ambalema, y en el viaje siguiente de la barqueta pasó de nuevo á ocupar un asiento en ella.

Ñor Elías se volvió al día siguiente, y al pasar por el plomo marcado con el cuchillo, se entró en el bosque á cortar sus guayacanes; pero no encontró sino las cepas, y viendo los rastros evidentes de su compadre, exclamó: ¡Esta sí no le aguanto á mi compadre! ¡Me sigue el rastro á yo hasta en estos montes como si fuera en la montaña de la parroquia! Y me ha engañado no diciéndome nada en el camino, después que nos juntamos. ¡Ah, compadre de mi alma! ¡El día que me las pague ha de ser todas juntas!

XX.

AMBALEMA.

Las aguas del Magdalena reflejaban á las seis y media de la noche la claridad de la luna, y la barqueta del paso era arrastrada por la márgen á palanca y á gritos para echar la travesía desde mucho mas arriba del puerto, y al fin tomando los paseros el canaleta la hicieron cruzar el rio en menos de quince minutos. Al chocar contra el márgen del puerto de las balsas salieron los pasajeros, y entre ellos Manuela, la cual tuvo que volver la cara al lado del rio para recibir una muela que le daba su compañero Dámaso; á ese tiempo se le oscurecieron los ojos cubiertos por unos dedos tibios, y oyó la voz simpática de una mujer que le decía:

— ¡Adivine!

— No doy, contestó Manuela.

— Es una paisana suya.

— ¡Solo que sea Matea!

— La misma, exclamó la persona que le hablaba, y se abrazaron las dos paisanas.

— Mucho me alegro de verla.

— Y yo lo mismo. ¿Cómo quedan por allá todos?

Manuela dió cuenta á su paisana de su familia, habiéndole muy largamente de la mala suerte de Rosa, y respondió con gusto á todas sus preguntas. Le refirió la causa de su venida y el proyecto que tenia de volver por las noticias de ñor Dimas, que quedaba del otro lado encargado de cuidar la mula.

— Pues ahora nos vamos á nuestro cuarto, le dijo Matea, y tomando calle arriba, se fueron conversando llenas del mas grande placer.

Manuela se fijó en el traje de Matea, la cual tenia enaguas de crespon blanco con fondo del mismo color; camisa bordada de seda negra, y un pañuelo de punto sobre los hombros. Sobre los dedos, garganta y orejas brillaban con los adornos de oro fino, y aun su cabeza, porque las peinetas estaban chapeadas del mismo metal. Tenia zapatos enchancletados, pero no tenia medias, y en la mano cargaba un rico pañuelo de batista. Muchas de las que se hallaban en los grupos del pueblo estaban vestidas de la misma manera, siendo peonas la mayor parte de ellas. Algunas se cruzaban fumando tabaco y caminando con cierto aire de liviandad y descoco, únicamente tolerable en los puertos y en los lugares demasiado calientes, pero que en otras partes no tiene disculpa. Los proletarios y mercachifles de todos los cantones, y de todos los colores, y de todas las razas, con excepcion de la anglosajona, y entre ellos los afamados bogas, llenaban la calle; y entre la vocería oía Manuela algunas frases demasiado claras en el órden de la galantería. Las cantinas estaban abiertas, y de pasada veía la parroquiana algunas escenas de amor.

Por la calle preguntó Manuela á su paisana por Pablo, y ella la informó que habian peleado y que se habia ido á las minas de Santa Ana con una jóven chaparraluna. Al pasar por la plaza preguntó por la iglesia, y Matea le dijo que se habia quemado, y que seria muy conveniente que la levantasen, aunque allí la iglesia tenia menos uso que en la parroquia de donde eran ellas nativas. Manuela se quemaba de calor, y este viaje del puerto á la posada, aunque lo hacia á la luz de la luna y viendo cosas extraordinarias, le estaba pareciendo tan largo como la jornada del día, y un recuerdo de su amada madre y de Pachita y de sus amigas le hizo derramar lágrimas. Dámaso caminaba despacio, porque la estacadura de su pié le habia causado una hinchazon. Iban caminando con lentitud y silencio, cuando les mostró Matea la puerta de su habitacion.

Estaba abierta la puerta, y la luz de la luna era bastante para ver el interior; pero Matea refregó un fósforo, y con su luz y la luz consecutiva de la vela, vió Manuela toda la estancia de su posada. Dámaso se tendió en una estera de chingalé en el acto de poner sus piés en el cuarto, y Manuela aceptó con agrado una hamaca socorrana que le presentó por asiento su paisana, y se quedó callada por algunos momentos.

Mientras tanto daremos razon de la vivienda de Matea. Era un cuarto de regular extension. Las paredes no estaban adornadas con grabados ni con retratos litografiados como las viviendas de las mujeres descalzas ó semidescalzas de Bogotá, sino con un buen surtido de zapatos y de enaguas, que colgaban de una multitud de clavos y estacas. No habia tinaja de agua, ni piedra de moler, ni ollas, ni platos, ni cosa que oliese á gastronomía. No habia canapés, ni taburetes, pero habia dos hamacas y media docena de cajas de cedro y cumulá, y unas tantas esteras de chingalé enrolladas ó extendidas sobre los ladrillos.

Manuela pidió agua á pocos momentos de estar sentada, la que tuvo que ir á buscar Matea á la calle, porque tanto del agua como del dulce y de la comida se proveía de las tiendas. Al mismo tiempo fué á encargar un chorote de agua de malvas para lavarle el pié al paisano Dámaso.

En la otra hamaca habia una persona que habia estado seguramente dormida, y al enderezar la cabeza saludó á los huéspedes con sumo cariño y les preguntó de dónde eran y si pensaban estarse mucho tiempo en Ambalema. Era una jóven de buenas facciones, con quien Manuela simpatizó, y en un instante se hicieron sus ofrecimientos y quedaron amigas.

Al fin llegó la hospitalaria Matea, trayendo dos copas

muy grandes de cristal llenas de agua para sus huéspedes; Manuela apuró la una con el ansia de un calenturiento, y exclamó:

— ¡Oh, qué calor! ¿Cómo pueden Vds. vivir aquí?

— Eso es mientras que una se hace á la tierra.

— ¡Qué desgracia tener que vivir aquí!

— Ahí verá que no, dijo Matea. Yo me hallo muy amañada, porque gano todos los dias mi peso en el trabajo de los alinos del tabaco, cómo á mi gusto, me baño dos veces al dia, á las nueve y á la oracion; bailo todos los domingos y una que otra vez en medio de la semana. No dependo de nadie, porque para eso tengo plata; conmigo no se mete la justicia, y teniendo gratos á los empleados de la casa, no hay quien oprima mi voluntad ni quien me haga sufrir.

— ¿Y qué se necesita para tener gra a la casa?

— No entrar ni por chanza á las casas de los empleados de las otras casas, ni comprar nada sino en la tienda ó almacén de la casa.

— ¿Y si dan un articulo mas barato en las otras tiendas?

— Hay que comprarlo en la casa.

— ¿Y no sabiéndolo ellos?

— Eso es lo que no puede ser, porque los señores de las casas saben todas las pisadas que se dan en este Ambalema.

— Eso dice de los jesuitas el alojado que tenemos en casa.

— Es que de los jesuitas hablan cosas que son increíbles, seguramente porque tienen enemigos.

— ¿Y la fiebre?

— Viene cuando quiere, y acabadas son cuentas. Es mejor un año bien vivido, que cincuenta mas de vivir entre basura como los marranos, comiendo colí detestable, y temblando delante de la zurriaga de los amos, y de los capitanes, y de los mayordomos, y ganando un triste real, del cual se tiene que gastar la cena y el chocolate, si es que el desayuno no se hace con caña mascada para criar lombrices.

Trajo una muchacha el chorrote con el agua de malvas, y remunerada con un real en plata, se fué contenta. Manuela se puso á bañarle el pié á su compañero de viaje en un rincon, y desde allí le atendia la conversacion á su paisana.

— ¿Y cómo ha sido, para librarse de la fiebre! ¿No se ha querido asomar por sus puertas?

— La fiebre grande del año pasado se llevó unas cuatro compañeras que yo tenia, y solo me dejó la que está en la hamaca, que es arribeña. En menos de tres dias estuvieron despachadas; pero vinieron otras cuatro, la una de Bogotá, la otra de la Villa, la otra de Villeta y la otra de Coyaima. Esta última es una indiecita pura, que no pasa de unos quince años, la cual se vino con toda su familia, porque les hicieron vender su tierra á menosprecio, y todas murieron ya, menos Luisa Nucurú, que así se llama. Esta niña que está en la hamaca estuvo al entregar el *carapacho*, y yo no sé cómo se escapó. Ahora estamos completas las seis que cabemos en este cuarto. Yo hago cabeza, les arriendo á peso por mes á cada una y yo me entiendo con el dueño. Esta niña es de Llano-grande, y dice que no se amaña aquí, porque no hay donde correr un San Juan á caballo, ni hay vacas para ordeñar, y se quiere volver para su tierra. Yo no quiero volver á mi país, hasta que no sepa que se tragó la tierra el trapiche de la Soledad y el Refiro. ¡Con que me sueño todavía oyendo los chirridos del trapiche ó dándole palos á mi mula de carga! Es verdad que aquí no trabajamos con mala gana, como allá en los trapiches de mi tierra; sino que nos tiramos á matar por acumular tareas para recibir una buena manotada de pesos *francos* el sábado por la tarde. Pero hablemos de todo; los bailes de nosotras las peonas, son mejores que los de las señoras de allá en el tiempo de las fiestas.

— ¿Todavía es embustera?

— Mi palabra, Manuela. ¿Oye Vd. la tambora y las trompas, y los clarinetes y los flautines, y los cornabacetes?

— Se oye muy bien, y la música me gusta mucho; lo que tiene es que me aumenta la tristeza.

— Pues esa música es de un baile de peonas.

— ¿De veras, Matea?

— ¡Cuando yo le digo! Y yo tengo parte y la convi-do, porque es un baile que hemos costeadado las peonas *manojeras* para obsequiarnos á nosotras mismas.

— ¿Pero Dámaso?

— Por mí no lo deje, dijo el enfermo. Vaya, diviértase un ratico, que bastante ha sufrido, mi negra. Vaya con la niña Matea: vaya, vaya.

— ¿Y lo dejaba solo entonces?

— ¿Luego Rufina, la que está en la hamaca? ¿O es muy celosa mi paisanita?

— ¿Celosa? ¡Ave María!

— ¿Luego no dicen que en el cielo está el amor?

— ¿Pero á los hombres y á los patos, quién les sigue los pasos?

— Un ratico para que mi paisana conozca los bailes de las personas de Ambalema y les cuente por allá á las parroquianas. Un ratico y nos volvemos á acompañar al enfermo.

Luego que Matea vió que el remedio estaba ejecutado, llevó á su paisana al pié de la pared donde tenia su ropero, le puso una famosa camisa de tira bordada, le echó encima tres enaguas mas tiesas que el pergamino, y por último unas de crespon blanco; y bajando un par de babuchas se las puso, aunque Manuela no se las dejó enchancletadas; porque es necesario haber practicado esto por mucho tiempo para poder caminar

con desembarazo. Se entiende que las medias no eran usadas por ninguna de las damas del cuarto. El arreglo se concluyó con ponerle á Manuela cintillo, panderetas y anillos de oro, que Matea sacó de su caja de cumulá, y presentarle un espejo para que se mirase. Tomó de la mano á su paisana la bondadosa Matea, y se la fué á presentar al afortunado Dámaso, que se habia quedado muy aliviado con el baño.

— Aquí le traigo una reina, le dijo. ¿No le parece muy linda?

— ¡Siempre hermosa! Siempre linda, linda para mis ojos en todo traje.

— Pero ahora, dijo Matea dando un beso á Manuela, es la mas bonita de todo Ambalema.

Manuela se arrellanó momentáneamente sobre la estera para hacerle las caricias de la despedida á su amigo y partió luego con su paisana.

Dámaso no pudo resistir á un impulso de su corazón que lo llevó á la puerta, siguió con la vista los dos bultos hasta que dejó de oír el ruido de la ropa almidonada, y se volvió á su estera, pensando en la dicha de poseer la mujer mas hermosa de Ambalema, segun el testimonio de Matea y de su propia conciencia.

La arribeña de la hamaca se paró á encender un tabaco en la vela, sin ningun cuidado por su traje, que era mucho mas sencillo é insuficiente que el de una jóven espartana, consistiendo únicamente en el blanco túnico que le colgaba de los hombros y apenas le llegaba á la rodilla, lo que se llama *chingado*, que no es disculpable ni aun por los 30 grados del termómetro de Reaumur, pues en los pueblos calientes del Norte no es usado ni aun en el lavadero; sin embargo, en las tierras calientes del Sur y Occidente no es mal recibio en los tiempos de sumo calor.

— Y Vd., ¿cómo fué para venirse de su tierra? preguntó Dámaso á Rufina.

— Yo soy de los llanos mas lindos que puede haber en el mundo, los de Llano-grande. Las chapas de palmares y caracolies y otros árboles cortan á retazos los llanos engramados, y uno ve las yeguas y las ovejas y las vacas por donde quiera. Las estancias son aseadas y las gentes son tratables y generosas. Los bailes de cintureras son elogiados, aunque no hay tanto lujo. ¡Ah, mi tierra! Y para esto del San Juan no hay pueblo que se le iguale. Yo me sueño corriendo á caballo por las calles y por la sabana, y gritando ¡San Juan! con todo el aliento que Dios me ha dado, y aquí dicen mis compañeras que grito ¡San Juan! dormida, porque yo no sé qué es que he dado en hablar dormida. A mí no me gusta Ambalema porque mi tierra no es tierra de esclavos como la tierra de Matea. Y estoy buscando quien me lleve en esta semana, pues por eso no voy á baile porque vendí mis joyas de oro y mis trajes de seda y lino para llevar plata y poner una estancia, porque es la verdad que aquí si se busca dinero; yo he juntado con mi trabajo y con una rifa que me saqué la cantidad de cien pesos, y no quiero gastar ni un solo cuartillo hasta ponerme en Llano-grande. ¡Ah, mi tierra! ¡que allá es donde se vive á gusto!

Así continuó hablando Rufina de su tierra y de algunos pasajes de Ambalema, cuando se apareció Manuela y saludó con estas palabras:

— ¿A ver qué hacen por aquí?

— Nada, contestó Rufina: aquí conversando de mi tierra.

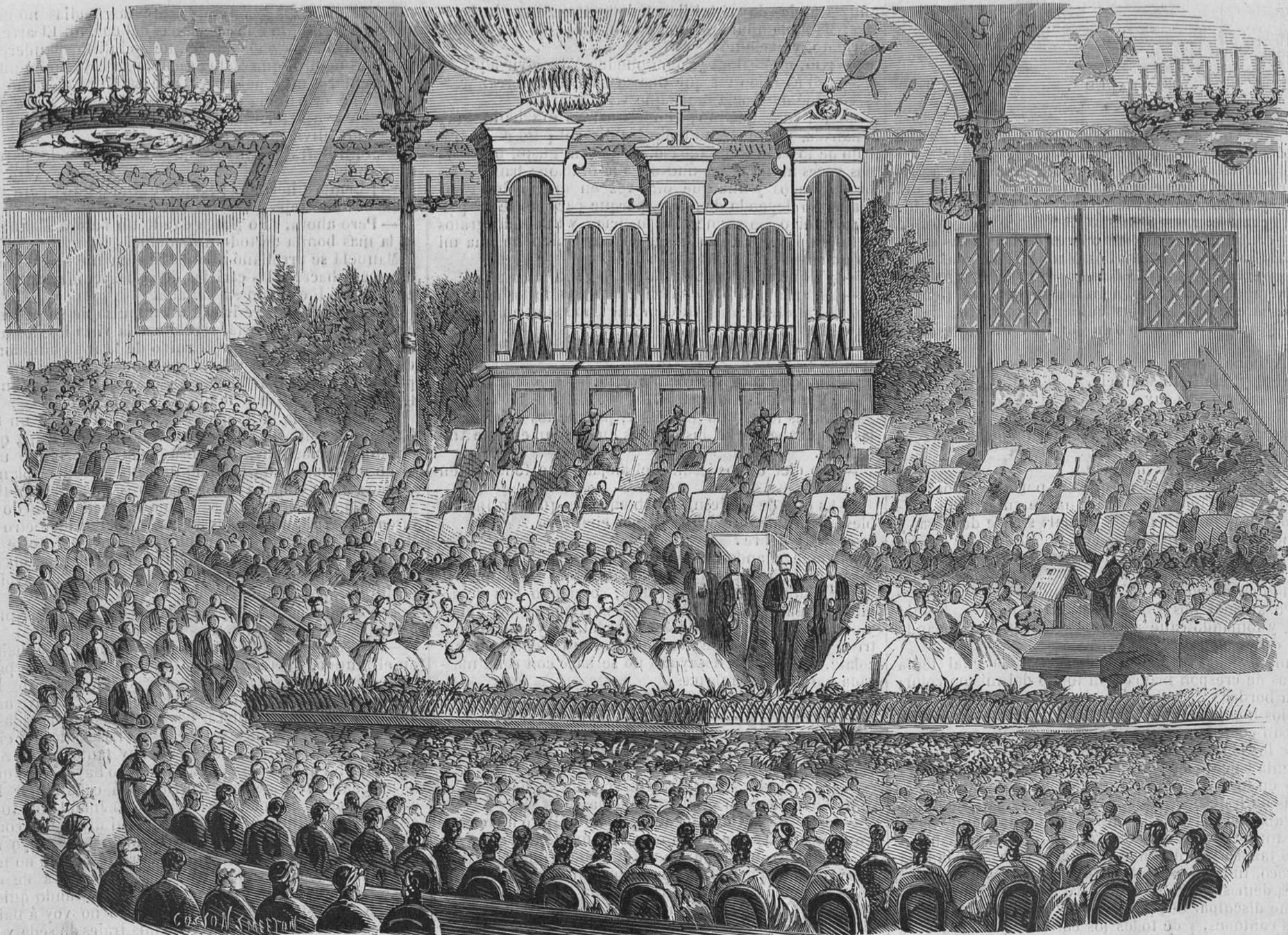
— ¿Por qué se volvió? dijo Dámaso á su amada compañera.

— Por traerle de cenar, contestó Manuela, y acercando la caja de Matea, le puso la servilleta y varios platos en que traía cordero, gallina, arroz seco, buen pan y buen dulce, y dijo que se iba pronto, porque Matea la esperaba. A Rufina le puso un plato y se lo pasó á la hamaca, previendo que Dámaso no habia de tener la descortesía de no convidarla.

Matea habia convidado á cenar á su amiga al pasar por frente de una cantina, en la cual mandó servir cordero, jamon, pescado y ensalada de coliflor, y las famosas empanadas de maiz tan recomendadas en tierra caliente; mandó que les pusiesen vino y buen dulce de duraznos. Dicen los físicos que entre todas las reacciones la mas fuerte es la del estómago. Matea habia sufrido muchas hambres en el trapiche, y ahora que se hallaba con plata, comia un buen ajiaico ó un cocido de carne gorda, y buen cuchuco y arroz por contrata; tomaba sus tragos de anisete y de vino en las tiendas, y en los dias de parranda ó de paseo era despilfarrada para cuidarse y obsequiar á sus amigas. Despues de que cenaron las dos amigas fué cuando se propuso Manuela llevarle á Dámaso un bocado competente á la dieta que tenia que observar, y luego que se volvió á juntar con su paisana, siguió al baile con ella.

Eran cerca de las nueve, y estaba la entrada obstruida por el pueblo. Se conocia que Matea tenia popularidad, porque de cada uno recibia un floreo, un dicho ó una chanza de mucha confianza, que á veces retornaba con un puño ó con una palabra de las de tapar orejas, de que sus agresores no se daban por ofendidos. Con los empleados de la casa tenia mucho crédito, porque habia despuntado por formal y trabajadora.

Al fin lograron llegar á la sala; y si Manuela causó novedad en el concurso, principalmente en los hombres, la sala y su contenido la dejaron admirada. Era grande el local, pero no tenia sino una ventana y dos puertas, por lo cual y por la manía de bailar con ruana muchos hombres, las parejas estaban á pique de ahogarse de calor y falta de aire, como si estuviesen reunidas en el horno alto de la ferrería de Pacho. La luz era suficiente, gracias á sesenta velas de esperma con que



PARIS. — Concierto de beneficencia dado por la Sociedad de Música sagrada en el Circo de la Emperatriz, el 27 de marzo. — (Véase la Revista de Paris.)

estaba provista la sala. Los asientos eran taburetes y escaños. Las señoras eran cincuenta ó sesenta peonas de los aliños, todas de traje blanco, y todas muy bien surtidas de oro. Los rostros eran morenos en la generalidad, siendo matizada la mayoría por una minoría de una que otra blanca de Bogotá, de Ibagué y de los pueblos altos de la banda oriental del Magdalena. Es notable cómo se han cruzado las razas en estos pueblos. Ya no se veía sino uno que otro tipo de las tres razas madres, la blanca, la indígena y la africana. Había hijas de Llano-grande muy agraciadas, indias de San Luis y de Coyaima, y morenas de Ambalema y sus cercanías. Para que no faltase nada que desear al estudioso de la historia natural, allí había dos ó tres ingleses puros que paseaban por la sala en los intermedios ó que observaban desde las puertas.

Tocaron varsovia y apareció como de los bastidores de un teatro el don Aniceto Rubio, y sacó á Manuela con la mas notoria decision. Mil elogios estallaron en favor de la mosca, como decían los unos, y de la arribeña, como decían los otros, y todos los ojos estaban fijos en ella. Gracias á las cortas lecciones de don Demóstenes, que si no hubiera salido muy deslucida la parroquiana. Un periodista hubiera dicho que Manuela habia causado furor, al ver los ademanes y las miradas de todos los hombres de todas condiciones y razas.

Eran pocas las lecciones de baile del alto tono que habia recibido Manuela, para igualar á las parejas de Ambalema, ejercitadas en el arte y exentas de timidez y encogimiento, lo cual es un obstáculo para que el baile adquiera todas sus perfecciones. Era un baile asiático el de las manojeras en cuanto á los colores, los trajes y la libertad. Todos eran dichosos, menos Manuela, que tenia su corazon en la posada.

Luego que se concluyó la pieza, se salieron las dos paisanas por el lado del patio, sin ser notadas sino de don Aniceto, que las fué á alcanzar para reiterar sus ofertas á la prófuga: habrian caminado una cuadra cuando detuvieron el paso para ver en qué paraban unos golpecitos que, al volver la esquina, estaba dando un cosechero. Al fin abrió alguno con precaucion y se alcanzaron á oír estas palabras.

— Vengo á ver si por fin me lo paga á cinco pesos, pero pesado en la romana en que me vendió la sal el otro dia, dijo el de afuera.

— A tres y en la de treinta arrobas, dijo el de adentro.

— Entonces, ¿qué gracia? ¿No sabe que el viejo Aniceto me lo paga á cuatro? ¿Tabaco libre y á tres? Ni pensarlo. Entonces mas bien me lo llevo para el canei.

— No se afane. ¿No sabe que los guardas de don Aniceto se hallan emboscados á la salida, porque le dieron denuncia?

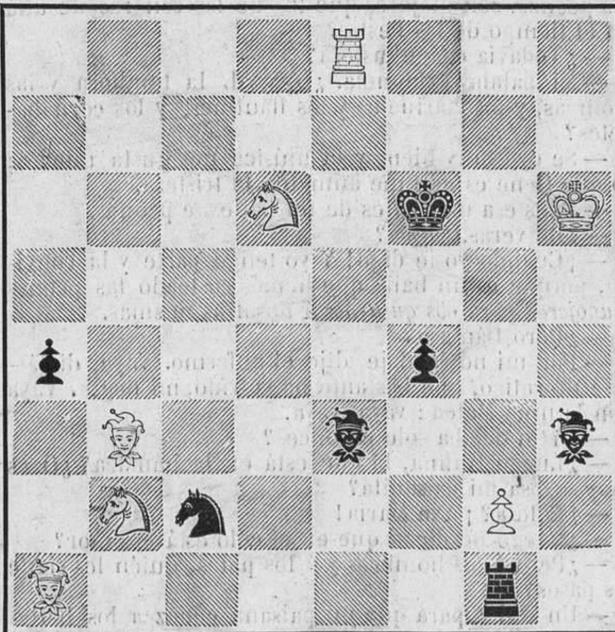
Problemas de ajedrez.

Solucion del número 284.

- 1 P 4ª R jaque R 4ª A
- 2 C 7ª ARª T ó C toma A
- 3 C 6ª T jaque R 3ª Rª
- 4 T jaque-mate.

PROBLEMA NÚMERO 285, POR M. GROSDEMANGE.

NEGRAS.



BLANCAS.

Las blancas dan jaque-mate en cuatro jugadas.

Los Editores-Propietarios responsables

X. DE LASSALLE Y MELAN.

Paris. — Tipografía de A. Marc, 22, rue de Verneuil

— Pues bueno, por ser á Vd. se lo dejo así.
— Pero vaya ahora mismo, y métalo por el lado del zanjón.

— ¡ Ah, pícaros! dijo don Aniceto, y el penitente salió corriendo.

— ¿Qué significa tabaco libre, guardas, romana de á treinta libras? dijo Manuela.

— Es un cosechero que me está haciendo contrabando, teniendo obligacion de comprarme á mí la carne y la sal, y de venderme todo el tabaco que coseche.

— Un canto lejano vino á sorprender el oído de las fugitivas del baile cinturero, y Manuela exclamó con alegría:

— *Opita, ¡ el bambuco!*

— Es en Campo-alegre, dijo Matea.

— Pues allá, paisana, porque eso no es de perder.

Se fueron las paisanas acompañadas de don Aniceto, atraídas por las voces melodiosas del canto; al pasar por frente de un corredor vieron á un hombre acostado, que tenia cerca un cabo de vela y una vasija con agua.

— ¿Qué significa esto? dijo Manuela.

— Es un peon enfermo que no tiene casa.

— ¿Y el hospital?

— No hay.

— ¿Y con tantas casas, y tantos dueños de tierras, y tanto comercio, no haber un hospital para los peones inválidos? ¿Y por otra parte, tabaco libre y contrabando? Explíqueme, don Aniceto. ¿Esta es la proteccion y la libertad que Vd. me ponderaba?

— Es que Vd. no sabe la guerra que estos marchantes nos hacen.

El canto era de una peona de Llano-grande que hacia un primo sin igual, y de un peon de Ambalema que le hacia segundo, acompañándose con el tiple. El canto era flúido, libre y sonoro, y lo favorecia el temple de la atmósfera de media noche y el eco de los grandes edificios que se levantaban á los lados. Las armonías que tiene el bambuco en sus mudanzas conmovian sucesivamente todos los sentimientos de Manuela, haciendo pasar por su memoria los recuerdos mas dulces y las penas mas acerbadas de su corta edad. Estaba hechizada la victima de la parroquia, con una mano puesta sobre el hombro de Matea y los ojos fijos en el suelo, sin mirar nada, oyó los siguientes versos:

Tus ojos son dos estrellas

Y tus labios un coral;

Tus dientes son perlas finas

Sacadas del hondo mar.

(Se continuará.)